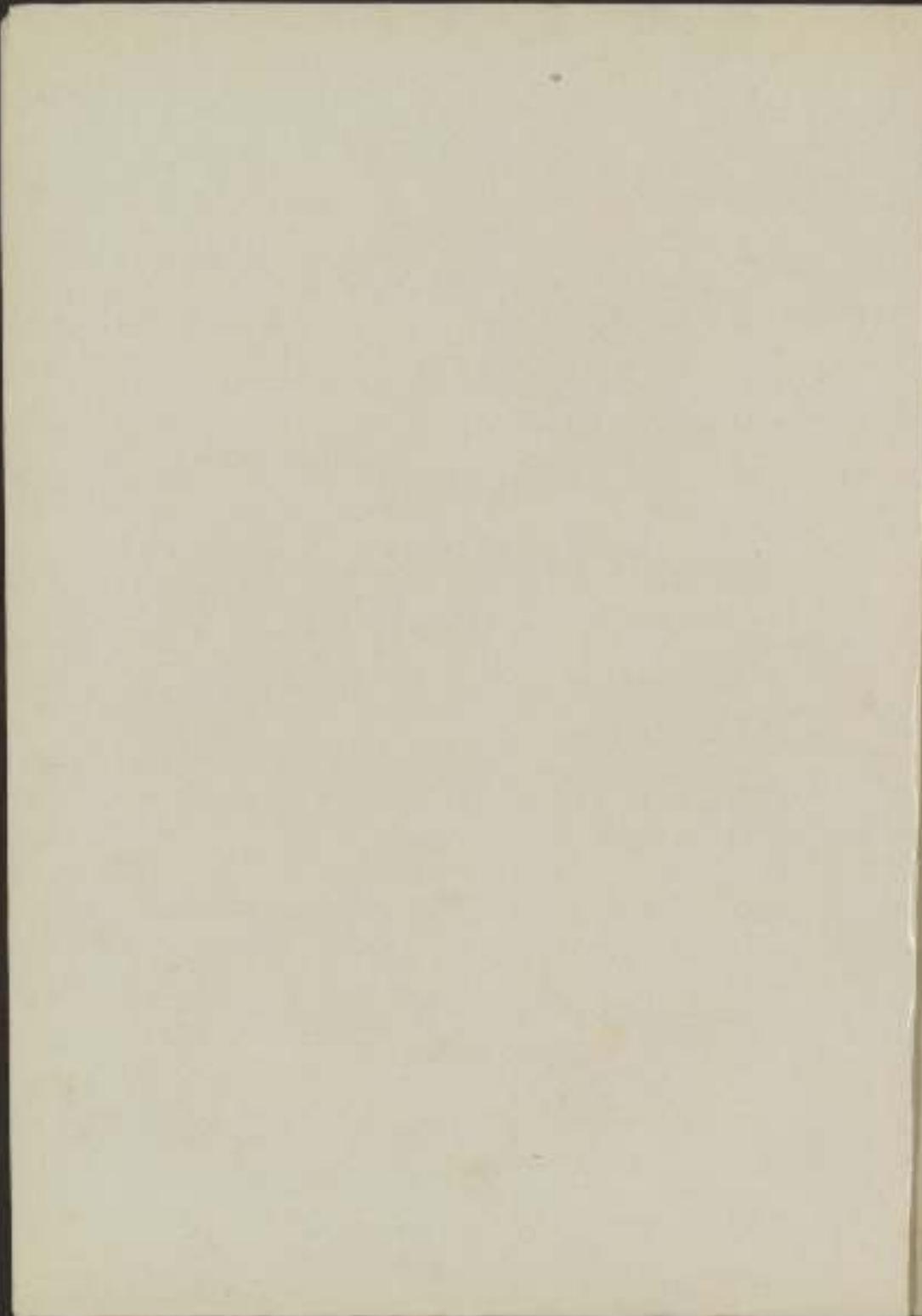


SENDAS SINIESTRAS

Randolph SCOTT
Ray FRANCIS
Brian Donlevy
George Bancroft





SENDAS SINIESTRAS

GRANDS KINSHIPS

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

SENDAS SINIESTRAS

Dramático asunto, dinámico y emocionante

Dirigido por

GEORGE MARSHALL

Producción

UNIVERSAL PICTURES COMPANY

Presentada por

FILMÓFONO, S. A.

PRINCIPALES INTERPRETES

Randolph Scott - Kay Francis - Brian Donlevy - George Bancroft
Broderick Crawford - Amy Devine - Stuart Edwin
Frank Albertson

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll : Valencia, 197 : Barcelona

SENDAS SINIESTRAS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO PRIMERO

LA FAMILIA DALTON

—Aquí el horizonte se dilata sobre el campo abierto, extensos territorios que fueron lugar de acción de tantos trabajos e inquietudes. Nadie parece explicarse los motivos que impulsaron a las gentes a lanzarse por estas tierras desiertas, sufriendo mil penalidades, atravesando interminables llanuras, deteniéndose aquí y allí, trabajando la tierra, recogiendo la abundante cosecha y marchándose de nuevo, los ojos siempre fijos en las altas montañas. A las duras faenas de conducir los ganados, se unía la amenaza constante de los bandidos de la región. Pero todos siguieron adelante en sus carretas, unos a caballo, otros a pie, movido cada cual por una ilusión diferente. Unos en busca de nuevas tierras de labor; otros al acecho de nuevas oportu-

nidades; algunos simplemente por espíritu de aventura...

Este largo discurso no había agotado al narrador, un herrero recordete, que empujó una rueda hasta un carro y la aplicó al eje, deteniéndose a mirar a su interlocutor, Tod Jackson, cuyo apuesto rostro retrataba claramente lo apurado de su paciencia. Pero el parlanchín herrero no se fijó o no quiso fijarse en ello, y prosiguió:

—Sí, señor, es el año 1891 y no crea que por eso va a variar la gente, porque no sé lo que pasa en nuestra ciudad, que todo el mundo está dispuesto a marcharse; al Este o al Oeste. Depende de sus gustos. Pero todos me traen sus carretas para que las repare y se las engrase, y se van luego tan contentos.

Tod depositó en el suelo la male-

ta, que indicaba que era forastero en el pueblo de Coffeyville, del Estado de Kansas, y sonrió con amabilidad, adelantándose hacia él y poniéndole las manos en los hombros.

—Gracias por su lección de historia, pero lo que yo he preguntado es dónde viven los Dalton.

—Está bien, señor. ¿Es usted amigo de ellos?

—Nos conocimos cuando éramos niños.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Qué pena que al hermano mayor lo mataran unos bandidos! Aquel mismo año fué cuando se casó Ana con un tal Tom Freeman...

Barruntando que volvería a las andadas, el joven se apresuró a interrumpirle:

—Tengo entendido que Ben tiene por aquí una estancia...

—La mejor de todas, si se decidieran a meter ganado en el valle. Pero no se puede discutir. Ni con Ben ni con Bob. Y si tratas de convencer a Ermo tienes que habértelas con Gary.

Se secó enfurecido las manos en el mandil, aunque no tanto como Tod, que ya irritado por su facundia, avanzó amenazador y gritó:

—Pero, oiga, ¿no podría usted decirme dónde viven los Dalton?...

Dispongo sólo de unas horas antes de continuar mi viaje.

—¿Por qué se marcha tan pronto?

—Pues... por mis negocios.

—Yo me he retirado de los negocios. Una vez quisieron venderme hierro viejo, pero no me engañaron.

El aullido de desesperación del joven, que ya no sabía si tenía que hablarle como a sordo o a loco, fué de los que hizo época.

—Oiga, ¿quiere contestarme a una sola pregunta, sí o no? ¿Está cerca del pueblo la granja de los Dalton.

—Sí... y no.

Se adentró en unas confusas explicaciones adornadas con unos prolijos comentarios sobre la vida local. Era inútil intentar una respuesta sin tener que dar mil rodeos antes de llegar a ella. Tod recogió su maleta y se alejó despavorido, diciendo:

—Gracias, amigo, me parece que ya le he comprendido.

El herrero contempló la gallarda figura del joven, que se apartaba de él a grandes zancadas. Tod estuvo en un tris de ser atropellado por un caballo, al gritarle el herrero:

—Si se queda unas horas por aquí, joven, vuelva a verme. Le seguiré contando más historias.

—No me iría nunca — aseguró Tod.

—¿Por qué tendrá tanta prisa? —rezongó el herrero volviendo a sus ruedas y rascándose, perplejo, el cogote.

Ahora bien, la suerte había determinado que Tod llegara tarde a la granja de sus amigos. Pasó por delante del establecimiento de un fotógrafo y, atraído por unas voces, detuvo el balanceo de la maleta y pegó su rostro a los cristales.

¡Allí estaban los ansiosos Dalton!

Estaban la madre Dalton y sus cuatro hijos restantes, Bob, Ben, Erme y Gary, vestidos con lo mejor de su armario y haciendo unos esfuerzos enormes para obedecer las órdenes del fotógrafo, que hablaba especialmente al hercúleo Gary.

—¡Eh, oiga usted! ¡Más junto a los otros! ¡Un poco más! ¡Acérquese más!

Gary acató sus mandatos y el fotógrafo desapareció bajo su paño negro. Pero como los hermanos de Gary no pudieron resistir su empujón con que quería entrar en cuadro, chocaron tumultuosamente y salieron despedidos hacia atrás, derribando la decoración del fondo y poniendo en peligro el equilibrio

de la anciana que entre cuerdas, piernas y brazos, reclamaba un poco de respeto.

Las carcajadas de Tod fueron oídas por Gary y como estaba de muy mal humor, además de ser pendenciero por naturaleza, corrió a la calle e le interpeló, haciéndole detener:

—¿Se le ha perdido algo por aquí?

Tod ni frenó su hilaridad ni se dio a conocer y le desafió:

—No. Pero me he reído.

—Lo mejor será que siga su camino — anunció Gary, apoyado ya por la presencia de su inseparable Erme.

Riéndose aún, Tod llegó ante una tienda de modas, precisamente cuando un hombre voluminoso huía de ella, perseguido por una furia con faldas que blandía un revólver con el descuido propio de las mujeres víctimas de un ataque de celos.

El gordinflón, lanzando unos aullidos pavorosos, que pusieron en conmoción a la calle entera, atrayendo a un sinnúmero de curiosos muy risueños al presenciar su tragedia, se agarró a Tod y se parapetó detrás de él. Pero como el joven no tenía disposición de trinchera, quiso libertarse y escabullirse de la boca del arma, protestando rabioso.

Los dos hombres fueron a parar al suelo y Tod quedó debajo del obeso agredido, que pugnaba por levantarlo con la sana intención de detener las balas con su cuerpo.

—¡Nancy, por favor, no disparés! ¡Me harás daño!—suplicaba.

—Conforme. Pero como no te se pares, pedazo de sinvergüenza, disparo aunque tenga que hacerlo a través de ese hombre. ¡Vamos, da la cara, cobarde! ¡Yo te enseñaré a tratar con señoras!

Tod y su lapa levantaron unas tremendas nubes de polvo. Bob y sus hermanos aparecieron en la escena y se rieron a mandíbula batiente. No obstante, el primero agarró por los brazos a la muchacha y le obligó a darle el revólver.

—Dame eso, Nancy.

Poco a poco la tranquilizó y la metió en la tienda de modas, asegurando que se encargaría del gordiñón, como hizo así que estuvo nuevamente en la calle y aquél tuvo respiro.

—¿Dónde están las muestras que te encargué?

Tod se levantó malhumorado, sacudiéndose el polvo y recobró su maleta, mientras el hombretón daba vueltas muy confuso a su sombrero.

—Pues verás, Bob, iba a pedirselas cuando me... me atacó.

—Pues otra vez no tengas tantas expansiones. ¡Márchate!

Se escabulló en un santiamén y Tod emprendió la marcha hacia la estación, ya sin ganas de reanudar sus antiguas relaciones con los Dalton. Gary murmuró unas palabras en el oído de su hermano menor, que meneó la cabeza indicando que había comprendido.

Y de pronto se precipitó sobre Tod, sujetándole los brazos contra el cuerpo y haciéndole girar en todos los sentidos.

—¡Sálveme, señor! ¡Sálveme! ¡Quieren matarme!

Tod no se pudo zafar y emprendió con él un agitado vals. Gary había sacado un revólver de largo cañón, que llevaba oculto debajo de la americana, y se lo apoyó en la cadera con un ademán que indicaba lo acostumbrado que estaba al manejo de las armas.

—Venga. No te valdrá esconder-te. Esta vez no te escapas—gritó.

—¡Ah, es un hombre terrible!... ¡Sálveme usted!—rogaba Erme, en medio de las carcajadas de los que conocían a los hermanos.

—¡Cuidado—avisó Gary.

Erme apresuró sus vueltas, y la maleta, que aun llevaba asida Tod, se despegó de su cuerpo. El revólver tronó una, dos, tres, cinco veces, destrozando sus cerraduras, es-

parciendo la ropa por el suelo. Tod escondióse detrás de un poste, hasta que las risas le revelaron que había sido víctima de una jugarreta.

—¡Qué susto! ¿Nos hemos reído, verdad?—le preguntó Gary, al tenerle cerca.

—Ha sido muy divertido, pero sé algo más gracioso—concedió Tod.

Gary daba las espaldas a un abrevaadero y sólo tuvo que empujarle sin fuerza para que cayese en el interior, mojándose como una sopa. También fué premiado por el contento general, menos el de Erme, que se lanzó con los puños en alto. Aunque Tod le esquivó, el muchacho renovó sus ataques.

—¿Eh? ¿Qué pasa aquí? Vamos, quieto, basta... —ordenó Bob, saliendo de la tienda de modas.

Sujetó a su hermano menor y se encaró con Tod, que en un abrir y cerrar de ojos se vió rodeado por todos los hermanos. Ben se dirigió a Gary, que daba lástima con su traje empapado y entonces apareció la señora Dalton.

—Oye, ¿qué es lo que ha pasado? —preguntaba Ben.

—¡Ah, qué ocurrencia! —regañó la anciana—. ¿Te parece bien celebrar así mi cumpleaños?

Todos agacharon la cabeza y resregaron avergonzados los pies

contra el suelo. Gary no supo más que balbucir:

—Es que tropecé...

—¡Ah, que tropezaste! Y tú, Erme... ¡Mira cómo estás! ¡Ahora que ya podíamos hacernos la fotografía!... ¿Por qué no lo impediste tú, Bob?

—Lo intenté, madre, pero no pude—respondió.

—La culpa la tuvo ése—declaró, furioso, Erme, señalando al forastero.

La señora Dalton le perdonó al instante y se precipitó contra Tod a punto de abofetearle. Pero Bob y Ben la calmaron, quieras que no: sin embargo, Gary, satisfecho de verse apoyado por su madre, se hizo cargo de la venganza y golpeó el hombro de Tod, haciéndole mirar en su dirección.

—Podríamos seguir el juego.

—¿Qué juego?—preguntó el joven—. ¿El de las cuatro esquinas?

—El que usted prefiera.

Habiéndole avisado así, quiso descargar sus puños provocando otra vez la tensión general. A duras penas sus dos hermanos mayores le sujetaron, serenándole de la mejor manera posible. Sometido, aunque no convencido, Gary abandonó sus ansias de pelea.

—Escuchad, ya está bien—pro-

testó Ben— Tenemos que ir a hacer la fotografía.

—Esperad — ordenó Tod, señalándoles sucesivamente— Bob, Gary, Erme, Ben Dalton.

—Sí, ¿tiene usted algo que objetar?—desafió esta vez Bob.

Tod borró con un ademán su pregunta y cogió las manos de la anciana, no menos sorprendida que sus hijos, prontos a entrar en acción.

—¿Y pensar que no he reconocido a la abuela!

—¿Qué abuela?—exclamó la señora.

El joven no se tomó la molestia de responder e hizo algo que puso su vida al borde de la muerte. Inclino su alta estatura y la besó con descaro en ambas mejillas, diciendo:

—¡Muchísimas felicidades!

Sus cuatro hijos mancomunados, hicieron un gesto amenazador, que cortó la buena señora, poniéndose en jarras y empujándose de puntillas hacia el ofensor.

—Un momento, Esto es asunto mío. Joven, debiera abofetearle.

—No sería la primera vez. ¿No se acuerda de un chico que se llamaba Tod y le decía abuela?

—¿Tod Jackson!... ¿Es posible?

Fue la primera en besarle. Sus hijos le estrujaron entre sus bra-

zos y le dejaron sin aliento, con una efusión que le llenó de alegría. Se lo disputaban, hasta que al fin pudo hacerse oír la señora Dalton.

—¿Y le ibais a pegar al más viejo de vuestros amigos!

—No le hablamos reconocido— se excusó Gary a Tod— Pero no me dirás que el encuentro no ha sido de lo más divertido.

—Vamos, tenemos que celebrarlo. Tú invitas, Gary—anunció Bob.

—¿No, ahora no!—se opuso su madre—. Hasta después de retratarnos no se bebe nada. ¡No repliques! Y tú, cámbiate de traje.

—Espera que ayude a Tod—suplicó Gary.

Bob se quedó con su amigo, mientras la señora y sus tres hijos restantes recogían las ropas dispersadas y las metían embarulladamente en la destrozada maleta, sacudiéndolas para limpiar el polvo. Bob le pasó una mano por el hombro y le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Tod?

—Voy de paso tan sólo. Busco dónde abrir mi bufete.

Gary se les acercó con una camisa sucia en la mano.

—¿Qué te parece nuestra ciudad?—indagó.

—Bastante animada — dijo, aludiendo a sus pasadas aventuras.

—Pues nos hace falta un aboga-

do. Uno que sea bueno. Yo los encierro... — propuso Bob, señalando su insignia de agente del sheriff— y tú los sueltas.

La docucha del contenido de su maleta había concluido y Ben la sujetaba con un brazo para evitar que se derramara de nuevo. La señora Dalton, con una cariñosa luz en las pupilas, se unió a ellos y le apremió:

—No te irás de aquí por lo menos hasta mañana.

—¡Claro! Esta noche celebramos su cumpleaños—anunció Erme.

—Bien...—vaciló Tod.

—Quisiera que vieras el campo, Tod.

—Yo también, pero...

—¡Si es que tendrás que quedarte hasta que te laven esto!—arguyó la anciana—. Fíjate cómo está.

Tod estudió sus rostros uno tras otro y en todos vió la misma ansiedad de que no quedase. Apretó la mano de la señora y se echó a reír.

—Eso sí que es una razón. ¿Dónde está el telégrafo? Tengo que enviar un telegrama.

Bob le tomó del brazo.

—Junto a la estación, voy contigo. Estos se encargan de la maleta.

Pero como su madre no estaba dispuesta a perder de vista a ninguno de sus hijos antes de que hu-

bieran sido captados por el objetivo del fotógrafo, le envió solo a la estación y guió a sus retoños hacia el establecimiento artístico.

Iban a entrar definitivamente, cuando Winter, el agente del catastro de la población, sacó su rasurada cara por la ventana de su despacho y llamó a Bob, mientras sus espejuelos de oro relucían bajo el claro sol de aquel día. Obtuvo Bob el permiso de su madre para hablar con él y cruzó la calle, levantando la cabeza hacia su amigo.

—¿Sucede algo?—preguntó.

—No, no... —se apresuró a tranquilizarlo Winter—. ¿Qué clase de guantes le gustan a tu madre?

—No me he fijado.

—A ver si me lo averigüas. Quiero hacerle un regalo por su cumpleaños.

—Sí, lo averigüaré. Erme lo sabrá.

En cuanto Tod llegó a la estación y preguntó por el telegrafista, un empleado le indicó el camino de los apartaderos, en donde estaba contando bueyes. Abrió la cancela de madera y supuso que, por las señas recibidas, el telegrafista era una hermosa muchacha morena subida en lo alto de la valla desde donde numeraba a los bueyes.

La contempló a su sabor durante unos instantes, confesándose que

era lo más bonito que había visto en su vida y, hondamente impresionado, trepó por los maderos, sentándose enfrente de ella sin distraerla de su faena.

—¿A quién se entregan aquí los telegramas?

La joven había contado hasta diez y siete animales antes de responder que a ella. Se distrajo un momento, equivocándose en el recuento, y le alargó contrariada el papel y el lápiz que él le pedía. Pero refrenó su contrariedad al ver el viril rostro de Tod.

—Le falta el veinticinco—le avisó el joven.

Se concentró en la tarea, mientras él la miraba absorto. Con un esfuerzo volvió al papel y al lápiz.

—¿Qué día es hoy? — preguntó repentinamente.

—Veintiocho...—contó ella.

—Gracias.

La redacción del despacho tardó lo que ella en concluir el recuento de las bestias. Tod saltó y la ayudó a descender de la altura, diciéndose que era leve como una pluma.

—Gracias—dijo la telegrafista—. A ver su telegrama. "John Pay, Gentry, Oklahoma. Llegaré el viernes". Puede enviar cinco palabras más.

Había levantado la cabeza. Sus ojos eran azules, a pesar del oscu-

ro color de su cabello, azules como zafiros. Con un esfuerzo, Tod aparentó una normalidad que estaba lejos de sentir y respondió:

—¿Cuáles se le ocurren?

—Yo soy sólo la telegrafista.

—Pero es que es difícil poner en cinco palabras lo que estoy pensando. Mejor será que vuelva esta noche.

La muchacha rehuía sus ojos, lo que indicaba que había entendido su interés por ella, apenas disfrazado en su súplica, y echó a andar, alejándose de los corrales.

—Cerramos siempre a las seis.

Tod la alcanzó con dos zancadas y la obligó a detenerse, tirando con suavidad de la manga de su vestido.

—Puede usted darme la dirección de su casa, si le parece.

—No me parece... Porque voy a una fiesta—agregó después.

—¿Sí? Yo también.

—Espero que no sea la misma.

—¿Ah, qué pena! Pero, dígame, ¿cuándo le puedo dar el resto del telegrama? Me gustaría ponerlo... más claro.

La telegrafista sonrió a su petición y su sonrisa tuvo eco en los labios de Tod, que jamás había sentido menos impaciencia en apartarse de una mujer, quizá porque ésta le esquivaba. Su galanteada subió

los escalones de madera que conducían a su despacho y le contestó:

—No es mal pretexto, pero no me engaña.

—¿Cuándo vuelvo por la contestación?

—Yo le puedo dar una. "Pierde usted el tiempo. Stop. Váyase en seguida. Buen viaje".

Pero estaba equivocada si creyó obligar a Tod a olvidarla. Después de la cena, Tod se paseaba con Bob por entre los invitados y le comunicó la impresión que le había causado la joven, dándole unos datos tan imprecisos y poéticos, que su amigo se detuvo con una mueca burlona.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé... pero era muy guapa.

Reanudaron su paseo por el jardín, saludando a unos y a otros, y volvieron a pararse al pie del porche.

—Bueno, me estáis intrigando. ¿De qué color tenía los ojos?

—Una especie de zafiro.

—Especie de zafiro...—murmuró Bob—. A ver si llegamos a saber quién es. ¿Dónde la viste?

—Allí en los apartaderos.

No pasaron más adelante en las averiguaciones, que producían una arruga en la frente de Bob, pues Erme se adelantó golpeando un pe-

dazo de hojalata, seguido de Ben y de Gary, que transportaban en brazos a su madre con los ojos tapados, llamando a Oscar, el individuo gordínflón que había derribado a Tod aquella mañana.

Oscar estaba a punto de miel, suhido en una flamante carretela, vertiendo los más apasionados acentos en los oídos de una linda morenita, a la que juraba eterna fidelidad. Pero, no obstante, al oír vocear su nombre la hizo saltar del vehículo.

—Vamos, márchate. No estropees el coche. ¡Ya voy!

Cogió las varas de la carretela y la arrastró hasta sus aposentos, que sentaron en ella a su madre, la rodearon como los demás curiosos y le quitaron la venda. La señora Dalton se quedó sin palabra durante unos segundos y acarició suavemente el regalo.

—¿Te gusta, madre? —preguntó Bob.

—¡Que sí me gusta! ¡Es precioso! —alabó, besándoles—. Hijos míos, no debisteis comprarlo.

—Ahora vas a presumir por las calles—sonrió Ben.

—Creo que voy a llorar —dijo, cogiendo su pañuelo, pero lo soltó.

—Pero no usaré mi pañuelo nuevo. Présteme el suyo, señor Winter,

No esperó su consentimiento y

se lo arrebató, sonándose con fuerza. Oscar había vuelto al lado de la morenita y rodeaba su cintura con un enorme brazo, semejante a un jamón.

—Si los negocios me salen bien, te compraré también un coche.

—¡Ay, Oscar!

—¡Ah, eso no es nada!—se ruborizó.

Los invitados se dispersaron para bailar y la señora Dalton se unió a ellos, llevando a Erme como pareja. Tod la siguió con la mirada y habló a Ben, que le hacía compañía.

—¡Magnífico ejemplar tu madre!

—Sí, sí lo es. Hay que ver cómo nos maneja a todos los hermanos —y añadió—: Si no fuera de noche me gustaría enseñarte esto.

—Lo veré mañana, Ben. No me marcharé tan pronto.

—Eso es. Verás nuestra estancia —aprobó entrando en unos pormenores que Tod no oyó...

Porque en aquel momento se escuchó el rodar de un coche sobre la grava. En él iba la telegrafista, envuelta en un mantón de seda. Rápidamente llegó Tod junto a ella y mentalmente agradeció a los cielos la coincidencia, mas la joven se le adelantó, asegurándole:

—Me alegro de encontrarle aquí

—y después de una pausa, continuó—: Aun no me ha pagado el telegrama.

La desilusión de Tod no pudo ser expresada, porque Bob se presentó, bajó a la muchacha del vehículo y la besó en los labios, contemplando por sobre su cabeza a Tod, helado de asombro y agonizando por la muerte de sus esperanzas.

—Perdóname el retraso, pero llegó este telegrama en el momento en que cerraba—dijo la telegrafista, alargándoselo.

—¿Qué dice?—preguntó Bob, sin separar sus ojos de Tod.

—Que vayas a Benton inmediatamente, a declarar como testigo.

—¡Ah, me lo temía! Perdona, Tod, te presento a Julia. Mi viejo amigo Tod Jackson.

Bob ya sabía quién era la hermosa joven que cautivara a Tod, que en vano luchaba por dominar su desilusión y componer su rostro. Se saludaron y Bob agregó, con maliciosa necesidad de burlarse del abogado:

—Julia y yo nos casaremos en seguida.

—Ya conozco al señor Jackson.

Tod tragó saliva con dificultad, seguro de que estaba haciendo el mayor ridículo de su vida, y se apresuró a explicar:

—Sí... verás... Pusimos un telegrama juntos.

—¡Ah, es verdad! Lo había olvidado—dijo Bob, simulando una traviesa ingenuidad—. Verás, Julia. Tod me estaba contando que se había enamorado de una desconocida.

—¡Qué interesante!

—Según decía, la chica tenía unos ojos un poco extraños... ¿A qué se parecían? — Tod se negó a aclararle la memoria, y Bob exclamó: — ¡Zafros! Sí, eso es.

Julia le salvó de su consternación yendo a saludar a la madre de Bob, que la llamaba desde lejos. El abogado sintió que el brazo de su amigo pasaba amistosamente por el suyo, obligándole a mirarle.

—Supongo que no me quitarás la novia.

—No tenía la menor idea de qué fuese ella.

La risa de Bob murió estrangulada al redoblar el rápido chocar de los cascos de unos caballos, sobre los que sonaba la voz de un hombre llamándole. Los invitados corrieron con él al camino y rodearon el coche de un granjero, llamado Martin, uno de cuyos brazos iba en cabestrillo.

—Quieren robarme mis tierras— explicó— River y sus peritos. Dicen que aquello pertenece a la nue-

va compañía explotadora. Pero yo he sido el dueño durante diez años. Aquello es mío.

—Nadie puede expulsarte de tus tierras si tienes la propiedad en regla—afirmó Ben.

Winter, requerido por los demás como testigo, dado que por su cargo era experto en asuntos semejantes, respondió que la Ley era lo que decía Ben. Gary, muy excitado por la expoliación de su amigo, hizo un gesto decisivo y animó a los hombres:

—Creo que ha llegado el momento de imponernos por la fuerza. ¡Vamos, amigos!

Bob y Winter pudieron calmar el alboroto promovido por Gary, indicando que sería salirse de la Ley, pero el muchacho se sacudió las manos que le sujetaban y exclamó con pasión:

—Supongo que tampoco será legal el que River se crea con derecho a robarnos. Tenemos que expulsarle de aquí.

—¿Pero qué sacarías? ¿Cuál es tu opinión, Tod?

Todos los ojos se clavaron en él.

—¿Hay alguien que haya denunciado estos casos?—dijo Tod.

—¿Para qué perder el tiempo? La justicia es lenta. Es mejor que nos la tomemos por nuestras manos—gritó Gary.

—Créelo, Tod. Los jueces no se preocupan de nosotros.

—Pero, pero ¿por qué no intentar un arreglo si sabemos exponer el caso? Entonces tendríamos una sentencia que nos pondría a cubierto de nuevas ambiciones—dictaminó.

—¿Por qué no te ocupas tú del asunto?—inquirió Bob.

Tod se cobió al oír este ruego y mucho más todavía cuando después de protestar que había de marcharse a la mañana siguiente, su amigo volvió a la carga, esgrimiendo una lógica que le desconcertó.

—¿Pero por qué vas a marcharte a buscar clientes si tienes aquí los que quieras?

Era tanta la verdad que le asistía, que no supo responder y estudió los ansiosos rostros de los invitados. Vaciló, sin decidirse a hablar, y entonces la señora Dalton tocóle un brazo y, emocionada, le dijo:

—Todos te necesitamos, Tod.

Pero no fué ella, sino Julia, a la que deseaba, precisamente, evitar, la que apoyó el ruego de la anciana:

—Creí que le gustaba la ciudad, señor Jackson.

Aceptó, por consiguiente, recibiendo en pago una mirada cargada de promesas, extrañas considerando el conflicto que suscitaría si se cumplían.

Bob le agradeció con un abrazo su decisión y encargó a Julia que le buscara una oficina.

De pronto unos gritos en el jardín les indicaron que Nancy, la esposa de Oscar, estaba saciando sus celos en alguna rival. No se preocuparon de separarlas. Oscar estaba sentado en la carretela de la señora Dalton, comiéndose pacíficamente un pedazo de pastel.

—¿Por qué se están pegando?—le acusó Bob.

—Por mí—contestó muy ufano.

CAPITULO II

LA INJUSTICIA

La ausencia de Bob se prolongó más de lo que habían supuesto en un principio, y durante ella Julia y Tod trabaron una amistad que corría por el borde del peligroso abismo del amor.

El día anterior al que creían que Bob llegaría, ambos jóvenes fueron a almorzar a un hermoso paraíso desde el cual se veía al río caer en cascada. Al terminar de comer, Tod encendió la pipa y excusando con un subterfugio su falta de apetito, se reclinó contra una roca.

—¿Cómo conociste a Bob?

Las manos de Julia se detuvieron en su tarea de empaquetar los cubiertos y le lanzó una breve ojeada antes de contestarle.

—En las fiestas de Julio. Me sacó a bailar de un empujón.

—A la manera romántica.

—Yo no quería.

—¿Y por qué os hicisteis novios?

—Porque Bob cambió. Pero

cuando quiere una cosa es una especie de vendaval.

Callaron unos momentos, en que Tod chupó de su pipa, que se había apagado y Julia siguió la recolección de los objetos empleados en la comida. Después, el abogado se mordió el labio y aprobó el sistema de Bob:

—No está mal.

—¿Por qué?

—Porque así soy yo.

La expresión de Julia fué de burlona duda, cerró la maleta y estiró las mantas y el mantel de debajo de él, que no manifestó deseos de moverse. De manera que inmediatamente recibió una pulla.

—¿Qué bien! Supongámos que te entran ganas de volver ahora al trabajo.

—¿Ah, no! ¿Por qué hablas de trabajar?

—Un buen abogado debe almorzar en tres horas—le amonestó.

—Pero yo no soy tan bueno, Ju-

lia. Aun no he solucionado tantos conflictos. Todavía no he pensado absolutamente nada. No tengo una idea en mi cabeza.

—No lo sé. Creo que no te faltan ideas. ¡Vamos, arriba, arriba!

Como el mismo Tod aseguraba, una vez en su oficina, repleta de cajas y de efectos embalsados, reconfortaba mucho ver trabajar a las mujeres en tanto que él asistía sentado a los esfuerzos de Julia por convertir la caótica habitación en un despacho de abogado como Dios manda.

—Aquí está el título—dijo, sin hacerle caso—. ¿Dónde lo pongo?

—Puede que yo haga un buen marido—exclamó de pronto.

Julia dispuso el marco en una repisa y dió unos pasos hacia atrás contemplando el conjunto, sin querer aceptar sus alusiones.

—Allí hará buen efecto.

Tod se levantó y corrió la cortina, mirando con anhelo el exterior. Julia le lanzó una ojeada, quitando el polvo de un libro y él suspiró con tristeza.

—¡Qué día para pasear!

—Hemos paseado ayer, antes de ayer y durante los últimos ocho días. Hoy tenemos que terminar el despacho. ¡Perezoso, a trabajar!

—Sigo pensando en el paseo.

Como la joven no le respondía-

se, anduvo hacia ella, pero se arrepintió de su movimiento y se sentó en la esquina de una caja.

—¿Sabes cuándo vuelve Bob?— indagó, sin mirarla.

—No.

De repente, trunció el silencio, protestando con una rabia que no era ficción para motivar la declaración de sus sentimientos:

—¿Por qué me habré yo enamorado de ti como un tonto? Porque sí. Lo mejor será que me marche.

—¿Y tu bufete de abogado?—exclamó Julia abandonando la limpieza.

—Si crees que voy a quedarme para ver cómo te casas con Bob, estás loca. No es culpa mía haberme enamorado de ti.

Julia se le puso por delante, interrumpiendo su paseo, situándose tan cerca de él que su suave aliento le rozaba la cara, y, por si esto no fuera bastante para hacer fluctuar su débil voluntad, le puso las manos sobre los hombros, induciéndole a levantar la barbilla y a mirarla de frente.

—Si yo fuera un hombre que se hubiese... enamorado de la novia de otro... iría a confesarle a éste en seguida... lo que pasaba.

A pesar de que esto era el reconocimiento implícito de que ella

S E N D A S S I N I E S T R A S

estaba también enamorada de él. Tod repuso con aspereza:

—¿Y te figuras que al otro iba a gustarle?

—No Supongo que no le gustaría.

—Por eso me marcho.

—¡Eres como todos los abogados! Mucha elocuencia en los juicios, pero sin ninguna convicción. Si estuvieras enamorado harías algo.

—Dime qué puedo hacer—desafió.

—Creo que... que debías... ¡Ah, vete de una vez!

Irritada por su impotencia para resolver el problema, se alejó de él furiosa, y Tod, tomando literalmente sus palabras, se encaminó a la puerta. Pero antes de que hubiera llegado a ella, Julia se arrojó a sus brazos y gimió:

—¡Ay, Tod! No sé... No sé qué vamos a hacer.

Se apartaron apresuradamente, al escuchar el ruido de unos pasos precipitados. Oscar penetró como una exhalación en la oficina y escudriñó desesperado todos sus rincones, poco antes de mirar por la ventana.

—Perdonen. ¿Hay alguna puerta trasera?

—No.

—Me voy en seguida a mi oficina, antes de que empiecen los tiros—dijo Julia, comprendiendo.

Tod abrió la puerta dispuesto a acompañarla. Pero Oscar, que había visto a su mujer registrar un carro y atravesar la calle en dirección del edificio, le suplicó que contestase a una pregunta.

—¿Cuánto me costaría divorciarme?

—Si hay justicia, diez años de cárcel—se burló el abogado.

—¡Huy! ¡Huy! ¡Qué abuso!—sollozó Oscar.

la... ***

A la mañana del día siguiente, Erme Dalton llegó a uña de caballo a las cuadras de su granja, en donde estaban trabajando sus dos hermanos mayores, lanzando unos alaridos que resonaban en el aire diáfano como el presagio de una desgracia.

—¡Ben! ¡Ben! ¡Ben!

En un abrir y cerrar de ojos, Gary y Ben brotaron del silo, abor-dándole con los cabellos erizados de excitación y de emoción. Erme estaba pálido de ira y jadeaba como si hubiera corrido muchas millas.

—¿Qué sucede?—preguntó Ben.

Erme alzó la mano, además que denotaba la fatalidad de cuanto había sucedido.

—River y sus peritos en nuestras tierras.

—¿Dónde están?

—Allá abajo, en el valle.

Sin más dilaciones, los otros dos ensillaron los caballos y se abrocharon las pistoleta a la cintura, partiendo como un huracán a atajar el insulto y la injusticia del ambicioso River.

Este estaba trabajando con un teodolito en compañía de cuatro ayudantes, que sostenían las estacas. Al oír el tableteo de los cascos de los caballos de los Dalton, que galopaban a su encuentro, se sintió alarmado, pero se recobró y sonriendo dominó el nervosismo de sus hombres.

—Ahí vienen los Dalton—anunció Mason, acariciando el mango de su arma.

—Seguid vosotros trabajando. Yo lo arreglaré—les tranquilizó.

No obstante, sus hombres desatendieron los instrumentos, cuando los tres hermanos sofrenaron sus caballos a dos metros de distancia. Gary, de un solo movimiento, descabalgó y se colocó entre Erme y Ben, con las manos pendientes a lo largo de los costados y no muy lejanas de los revólveres, colocados de una manera característica.

—¿Qué hacéis en nuestras tierras?—interpeló gritando Ben.

—Sospecho que se equivoca, amigo — contestó lentamente River—.

Según nuestros informes sus límites son al otro lado de la carretera.

Las manos de Gary temblaron ligeramente, crispadas, mientras sus ojos chispeaban, demostrando que era un hombre peligroso.

—No valen burlas con nosotros, River. ¡Márchese!—ordenó.

—Yo no pretendo burlarme, Dalton — aseguró, retrocediendo—. Cumplo mi deber al hacer lo que hago.

—¿Qué deber ni qué diablos!— aulló Erme.

—¿Qué haces, Erme?—se espantó Ben.

El muchacho había espoleado su caballo y se apoderó del teodolito que estrelló contra un grupo de rocas que estaba algo más allá. El encargado del aparato le quiso hacer

frente y echó mano a la pistolera.

—¡Cuidado, Erme! — advirtió Ben.

A renglón seguido Ben hincó los acicates en los ijares de su montura y la arrojó contra el que requería su arma, golpeándole con el pecho del caballo y enviándole lanzado al suelo. Su cabeza chocó contra una piedra y se quedó inerte. Los revólveres de Gary amenazaban al resto de los expoliadores.

—Andando, márchense fuera de aquí.

Le obedecieron en silencio y se inclinaron sobre su compañero derribado. Luego, lanzaron una exclamación apagada y miraron acusadores a los hermanos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no lo levantáis?—se impacientó Gary.

—Está muerto.

* * *

La primera noticia que tuvo Tod del homicidio involuntario cometido por Ben ocurrió cuando estaba planteando con Winter la reivindicación de los intereses de los granjeros, para lo cual se decía dispuesto a trasladarse a la capital del Estado. Un rumor sorprendente, de muchas voces hablando a un tiempo, interrumpió la conversación de los dos hombres y Winter se levantó para indagar el motivo.

El sheriff, sentado en su coche, charlaba con un grupo numeroso de hombres de rostros graves. Y gritó desde la ventana el agente del catastro:

—¡Eh, Jim! ¿Qué es lo que pasa?

—Han detenido a Ben Dalton.

—¿Y por qué?—dijo, cambiando una mirada con Tod.

—Ha matado a uno de los peritos.

Tod se puso el sombrero y avanzó decidido hacia la puerta.

—Voy a ver qué sucede.

—¿Cambiará esto sus planes?—preguntó Winter apurado.

—Ya se lo diré.

Naturalmente, Tod se hizo cargo de la defensa de su amigo. Bob continuaba ausente cuando llegó el día del juicio. La sala en donde tendría lugar la causa contra Ben, se fué llenando de personas, adictas u hostiles a la familia. Oscar compareció también del brazo de una morenita y escoltado por dos hombres de gigantesca voluminosidad.

Lanzando apuradas ojeadas en todas direcciones, se paró delante del alguacil y preguntó:

—¿Ua., usted cree que el juez puede casarnos? ¿Verdad que no?—y sacudía negativamente la cabeza.

—¿Y por qué no había de poder? Espere.

Se sentó horrorizado, como conviene a un hombre que va a cometer el grave delito de bigamia, pues sus acompañantes estaban empeñados en que cumpliera la palabra dada a su nieta y a su hija, respectivamente. Y ambos personajes le vigilaban como dos cancheros.

—Estás preocupado—dijo Julia, observando a Tod.

En efecto, el joven dejó de escrutar la entrada de los curiosos en la sala del tribunal con el rostro ceñido. Fué hasta la mesa y arregló nervioso unos papeles, evitando sus inquisitivas pupilas.

—No es por el juicio.

—¿Te marcharás cuando acabe?

—No tengo otro remedio.

—Pues cierra un momento.

Tod hizo lo que le pedía y quiso esquivar su proximidad. Julia simuló no adivinar la lucha que sostenía en su interior entre la lealtad y su amor a ella y le cogió una mano, con una sorprendente firmeza en el apretón.

—Oye, Tod. Tienes que pensar en que no somos unos niños. Tenemos el deber de solucionar nuestras vidas. ¿Por qué no quieres que hable con Bob?

—Eso, no, Julia. Bob es mi amigo.

—De acuerdo, es tu amigo. ¿Y no hay nada más sagrado que ese sentimiento? ¿No piensas en mí?

—Ya sé que hago mal, Julia, pero...

Julia cortó su súplica, con una mezcla de amargura, despecho y de ira mal contenida temblándole en la voz.

—¿Que haces mal! No lo sabes.

Según tu manera de pensar, yo debería sacrificarme para que los dos continuarais siendo amigos...

De esta manera le forzaba a decidirse definitivamente. Pero no hubo lugar a ello, pues la puerta se abrió dando paso a Bob que les saludó alegremente, estrechando a su prometida entre sus brazos.

—Temí que llegaras tarde — comentó Tod.

—El tren trajo retraso. Di, ¿en realidad qué pasa?

—River... se ha propuesto envolveros por lo del accidente, pero no tenemos nada que temer.

—¿Y Ben qué dice?

—Se acuerda más de sus campos que del juicio.

—Seguro—afirmó: y volviéndose a Julia, le dijo—: Estás guapísima. No habrás cambiado tu opinión sobre sus ojos, ¿verdad?

Tod balbuceó unas frases entrecortadas que le hicieron reír, pero no así a Julia, que le dió la espalda, aunque saliendo en su defensa.

—Tiene otras cosas que pensar— y añadió intencionadamente —: Bueno, ahora os dejó para que habléis como dos buenos amigos.

Pero su artimaña no surtió efecto. Tod cerró la puerta, que Julia había medio abierto, quedándose junto a ella, sin osar estudiar su aspecto, al decir:

—Supongo que a Bob le gustaría ver a Ben antes del juicio.

—Sí, sí, claro. Para animarle. ¡Ah!—dijo, súbitamente—. Ya me olvidaba. Te compré esto en Benton, Julia—y le enseñó un magnífico anillo—. ¿Sabes qué clase de piedra es? Zafiro.

—Es precioso, ¿verdad, Tod?—preguntó Julia, poniéndoselo.

Mientras Tod inclinaba la cabeza en una muda afirmación, Bob se

echó a reír, abrió una mano a Tod y depositó en ella el estuche de la joya, diciendo:

—No quiero que tengas celos. Ten. Hasta luego.

Julia midió de pies a cabeza a Tod con desgusto y siguió a su prometido, después de decir al abogado:

—Esperaba que hablastes con Bob.

* * *

Ben fué recibido en la sala por los vítores de la mayoría de los espectadores. Escoltado por Bob, tomó asiento junto a una mesa, en donde le esperaban Erme, Gary y Tod. Miró hacia atrás y distinguió inmediato a él a Oscar, con una cara como si hubiese pasado las baquetas. Ben supuso lo que había sucedido al reparar en sus dos guardianes.

—¿Te han cazado?

—Así es — dijo melancólicamente.

El alguacil hizo ponerse a todo el mundo en pie y anunció el co-

mienzo de la vista del caso por imprudencia. Ambos abogados se declararon dispuestos. Pero sentóse Tod en la silla, mejor dicho, en la espuela que Gary estaba arreglando con el pie puesto en su asiento y aulló:

—¡Protesto!

—¿Protesta de qué?—se sorprendió el juez.

Murmuró unas excusas el joven, mientras Gary se ahogaba de risa, y se procedió a la elección del jurado, vendido todo a River, por el sencillo expediente de contestar negativamente a la pregunta de si

debía abolirse la pena de muerte. De esta forma el quinto jurado, un tal Osborn, pasó a engrosar la fila de la oposición de los Dalton.

—¿Aprueba la defensa el nombramiento?—inquirió el juez.

Ben murmuró unas palabras al oído de su abogado defensor, el cual se incorporó con una sonrisa de alivio, que animó a los amigos de Ben.

—Con la venia del tribunal, esta defensa da su aprobación, aunque se dice que el señor Osborn ha robado unos carneros.

El acusado de robo y el abogado acusador intervinieron protestando, pero el juez les apaciguó denegando toda alusión personal. Pero el tal Osborn, que tenía la sangre como la yesca, no se contentaba con tan poca cosa y gritó:

—¿Quién le dijo lo de los carneros? Venga su nombre.

Cortésmente, Tod accedió a su ruego, señalando a otro miembro del jurado, muy delgado y pálido, que se retorció al ser señalado como si le achicharrasen.

—Me parece que fué ese señor del jurado, el señor Morris.

—¿Yo? ¿Cómo?

Osborn se precipitó sobre él y le llamó mentiroso, pues los carneros eran de un tercer miembro del jurado llamado Pickett. Se armó

un alboroto tremendo; los levantiscos miembros del jurado sacaron las pistolas y poco faltó para que corriera la sangre. Cuando dominaron a los escandalosos, el juez rechazó el nombramiento de los tres jurados y suspendió la elección.

Reanudada la vista, pasó a declarar River, que preguntado sobre lo que pasó el día de autos, mencionó la espinosa cuestión de los límites, promoviendo la intervención de Tod.

—Protesto, señor juez. La defensa puede probar que los Dalton eran los únicos y verdaderos propietarios.

—¿Es eso cierto, señor River?—preguntó el abogado acusador.

—No, señor. La cuestión de límites con los Dalton está muy clara.

No le pareció así a Ben, que a pesar de ser el único hermano de carácter pacífico, saltó hacia adelante amenazador:

—¿Tenemos esas tierras hace diez años!

—¿Usted sabe muy bien que miente! —aulló Gary, avanzando hacia River.

Los granjeros apoyaron a los hermanos Dalton con tales alaridos, en prueba del fundamento de sus derechos, que la sala amenazaba con desplomarse sobre sus cabe-

zas, en tanto que el juez hacía asillas el mazo reclamando el silencio que, por fin, consiguió.

—¡Silencio! ¡Silencio! Se suspende el juicio por escándalo.

La tempestuosa sesión prosiguió, llamando a los testigos de la parte querelladora. El que declaraba lo hacía visiblemente atemorizado, o azorado, pues respondía con dificultad a las preguntas del acusador, farfullando sus palabras toscamente, la mitad de las cuales se perdían bajo su enorme bigote.

—¿Qué sucedió luego?

—Erme, entonces, cogió el tripode y lo rompió contra la roca.

Se detuvo escrutando los rostros de los hermanos, que eran un poema de ira contenida.

—¿Y luego qué paso?

—Ben Dalton... se echó encima de March y... le dió un golpe con el rifle en la cabeza.

—¡No es cierto!

El grito partió de la boca de Gary con toda la fuerza de su alma ofendida ante la injusticia. Y antes de que los demás lo pudieran impedir, asíó al testigo por el cuello y formó con sus manos un dogal. El testigo parecía un niño entre sus dedos vindicadores.

Durante unos minutos angustiosos, unos diez hombres pugnaron por librarle de su poder, pero no

era cosa fácil desprenderle de las manos del furioso Gary que, ya enormemente fuerte por naturaleza, decuplicaba sus fuerzas con la irritación, amén de la ayuda de Erme y de la indiferencia de Bob.

Finalmente le depositaron en volandas en su asiento. El arrebatado de Gary fué sagazmente aprovechado por el descompuesto acusador, que avanzando hacia el estrado, preguntó:

—¿Se da cuenta el señor juez del carácter de los Dalton después de lo pasado?

Y como el magistrado les contemplara con rostro hostil, Tod replicó:

—Señor juez, suspenda de nuevo.

—Denegado. Y que encierren otra vez a ese hombre—ordenó refiriéndose a Ben.

Bob se incorporó con una peligrosa luz en los ojos. Su paciencia había llegado al límite y todo cuanto Julia había sabido imbuirle se disipó como arrebatado por el viento.

—No hace ninguna falta. Yo me encargo de custodiarlo. Vamos.

—No hagas eso, Bob — objetó Ben.

Con aquellas simples palabras, Bob se había declarado en abierta rebeldía con la Justicia. El juez retiró su sillón y golpeó la mesa.

—¡Sheriff, cumpla su deber! Así iremos enseñándoles a respetar la Ley.

—¿Y por qué hemos de respetar una ley que protege a los ladrones? —se apasionó Bob.

—¡Cuidado, Bob! — le aconsejó Tod.

—¡Arrestadlo!—repitió el juez.

El sheriff abrió los brazos para indicar su impotencia. Temía a Bob más que a todos los ladrones del Estado.

—¡Es un diputado!—arguyó.

—¡No le importe, sheriff! ¡Me tiene sin cuidado lo que soy! En este acto presento mi dimisión—dijo Bob.

Se arrancó del chaleco la insignia de su cargo y la lanzó contra el rostro del juez. El sheriff quiso cumplir inmediatamente su deber, pero el puño de Bob, conectando con su mandíbula, se lo impidió, mientras Erme le arrebatava el revólver.

Los cuatro hermanos se abrieron paso. Bob entregó un arma a Gary y salvaron la herra. En la puerta se presentó el testigo atacado por Gary, con un rifle apuntando a los Dalton.

—¡Párate, Gary!—ordenó.

—¡Fuera de ahí!—rugió Bob.

—¡He dicho que te pares, Gary!

Se escuchó un grito de mujer, escalofriante. Rápido como el pen-

samiento Bob sacó su arma e hizo fuego atravesándole el corazón de parte a parte. Julia y la señora Dalton quisieron intervenir, tardamente. Bob las abrazó y suplicó, caminando de espaldas a la salida:

—Perdóname, Julia. Ya hablaremos. Gracias por todo.

Instó de nuevo Gary a que se apresurase y arrastraron a Ben con ellos. Un cuerpo voluminoso surgió de las primeras filas. Era Oscar que se escabullía del amor.

—¡Eh! ¡Esperadme!

En un abrir y cerrar de ojos estuvo con ellos, rechazando la lamentación de su impuesta novia. El juez quiso apaciguar el alboroto, pero los granjeros se pusieron de su parte, empujando las armas.

Sin embargo, los disparos de los hermanos les frenaron en la calle, dispersándoles a sitios más seguro. Desataron a los caballos, ligados a las barandillas de las casas delanteras, y Oscar hizo otro tanto, apretando la mano de Bob.

—Gracias, Bob. Me has salvado de un peligro.

—Esto es una locura, Bob—dijo Ben.

—Mi paciencia ha terminado. Vamos, vamos, aprisa.

Hicieron fuego repetidas veces y despejaron de enemigos el camino. Poco después estaban muy lejos de Coffeyville.

CAPITULO III

EL LINCHAMIENTO

Como ha ocurrido, desgraciadamente, en muchas ocasiones, la decidida conducta de los hermanos Dalton en ponerse voluntariamente fuera de la Ley, en lugar de aceptar una injusticia, fué motivo de que todos les estimasen como criminales y, hábilmente manejada la traición por River, les fueron achacados cuantos crímenes se cometían tanto en los contornos de su pueblo natal, como los realizados en el resto del Estado.

Bastaba para ello que los malhechores no fueran capturados o que simplemente se ignorase su personalidad, para que una larga cadena de delitos imaginarios abrumase la inocente vida de los muchachos.

Estos, mientras tanto, soportaban el hambre en una casa derruida que se elevaba en un remoto paraje de la montaña, esperando el regreso de Bob, que había salido a caza de noticias.

Oscar entretenía su ocio hacien-

do saltar un leño al aire y recogiendo en una sartén, lo que producía un sonido desagradable, que mortificaba a sus amigos; los cuales en vano intentaban conciliar el sueño para distraer el apetito que les roía las entrañas.

—No hagas ese ruido — ordenó Gary, e inmediatamente cambió de tono—: ¿Cuál es el juego?

—Estoy entrenándome a cocinar para cuando haya que comer. ¿Por qué no buscamos a alguien que nos dé siquiera un poquito de aceite?

Gary no le dió ninguna explicación de este proceder y prosiguió mirando el techo, tendido en la paja y con las manos en la nuca. De pronto, un silbido rasgó la calma.

—Ahí está Bob.

Salieron a recibirle. Bob envió a su corcel a un rincón con una palmada de halago, que sonó como un pistoletazo. Su rostro barbudo era siniestro a causa de su palidez.

—¿Cómo está madre? — indagó Erme.

—¿Qué hace Tod?—dijo Ben.

Bob los contempló gravemente y por espacio de unos segundos, tras de los cuales sacó un papel, roto y agujereado por muchos sitios, del bolsillo de la camisa. Entonces, anunció:

—No les he visto, hay un bando sobre nosotros. Aquí está. ¿Como si hubiéramos asaltado un banco y fuéramos unos ladrones!

—¿Eso es una verguenza para mí!—balbuceó Oscar.

Pero no le prestaron atención, leyendo el papel por sobre el hombro de Ben, cuya lívida aumentaba a medida que avanzaba la lectura. Por último, hizo una hola con él y lo arrojó al suelo, de donde fué recogido por el gordinflón.

—¿Cómo publican esas cosas? ¡Atreverse a decir que somos unos bandidos!...

—No saben lo que escriben—opinó Gary.

La cólera de Bob estalló en una carcajada amarga, que pareció abofetearles, y mientras sus hermanos se apoyaban meditabundos en las maderas carcomidas de los tabiques y de las vigas derribadas, exclamó:

—Sí, ahora nos acusarán de todos los crímenes.

—¿Qué puede pasarle a madre? —se preocupó Erme.

—¿Y a las fincas?—añadió Ben.

—Oíd—avisó la voz carrasposa de Oscar—. "Gran partido de fútbol de los bomberos locales."

Bob le arrebató el papel y le mandó, con cara de pocos amigos:

—Cállate, Oscar.

Erme se adelantó al centro del espacio cuadrado por sus hermanas.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé—fué la respuesta de Bob, en quien confluyeron todas las miradas.

Gary se palmoteó las rodillas y gritó, haciendo un alarde de humorismo sombrío, que no tuvo eco en sus hermanos:

—¡Es grande! Si volvemos nos cuelgan y si nos quedamos, el hambre.

Se sumieron en una meditación sin fin. La penumbra marcaba más aún su tristeza, que no podían evitar, Bob se paseaba intranquilo...

—Bob, ¿por qué no irnos a otro estado a ver si así ganamos el asunto?

—Esa es una idea. Ben, pero... sin plata no podemos.

Gary avanzó hacia los dos con las manos pasadas por el cinturón de la pistolera, de donde brotaban agresivas las empuñaduras de sus

armas. Se acodó en los restos de un pesebre y profirió muy lentamente:

—Probemos a buscar lo que nos falta.

—¿Qué?—se sorprendió Bob.

Pero Ben había comprendido el significado de sus veladas palabras y se interpuso entre ambos. Ernie avanzó hacia su hermano predilecto y esperó el dictamen de los mayores.

—Gary, no es cosa de tener más complicaciones—rechazó Ben.

—Cuenta conmigo, Gary—ofreció el menor.

Bob se adelantó hacia Gary y le miró fijamente, rechazando la petición de ayuda del único Dalton pacífico, que se mordía los labios contrariado.

—Lo primero que tenemos que hacer es enterarnos del proyecto. ¿Qué has pensado, Gary?—instó.

Una sonrisa sarcástica floreció en la boca del hercúleo muchacho.

—He pensado en nuestros amigos, los de la Nueva Compañía de Explotación.

—¿Sí?...—le animó Bob.

—Envían el dinero todos los miércoles por la diligencia.

* * *

El miércoles siguiente, Bob estaba apostado en el hueco de unas rocas, cuyos desplomes formaban un estrecho desfiladero, con una colilla apagada en los labios y levantando frecuentemente la cabeza en dirección de la pared opuesta, más elevada que la que él ocupaba.

En la cima se destacaban dos siluetas corpulentas, pertenecientes a Gary y Oscar, puestos de vigías para anunciarle la llegada de la diligencia. El primero tascaba el freno de su impaciencia con escaso resultado, pues rompió indignado el silencio:

—Me parecen muchas precauciones. Tantos rodeos para detener una diligencia. Si de mí dependiera la asaltaba de frente.

—¡No, Gary! — aseguró Oscar con importancia— Bob sabe muy bien lo que tiene que hacer. Es un verdadero jefe y muy...

El tintinco de unas colleras no le dejó completar la frase. La diligencia entraba en la angostura. El gordinflón formó trompetá con la boca y lanzó un aullido opaco,

que Bob percibió sin dificultad, ya que agitó el brazo en contestación.

Pero Oscar le había tomado gusto al juego y repitió el entrecortado aullido, hasta que Gary lo cortó en seco dándole un palmetazo en el estómago:

—No aulles más. Es una sola diligencia.

Bob se agazapó al borde de la pared y saltó como una flecha sobre la parte trasera del carromato, adonde permaneció asido y sin moverse hasta que salió a terreno llano, en que Oscar y Gary le auxiliarían.

Al llegar a la primera línea de árboles, trepó al techo, y sin sacar el revólver, golpeó la mandíbula del mayoral, que cayó al suelo. Sin embargo, el cochero siguió tenazmente apegado a las riendas y, cuando Bob quiso hacer lo mismo con él, le agarró del cuello y le envió entre las patas de los caballos.

Durante unos momentos, Bob intentó volver a subir flexionándose sobre la ballesta, pero como los ca-

ballos espantados arreciaron su carrera, su espalda arrastró por tierra y se soltó dolorido. La diligencia pasó sobre su cuerpo, sin herirle, y sus manos se engarabitaron al borde trasero.

Desde allí fué para Bob un juego de niños ejecutar el arriesgado ejercicio de ascender. Estando bien apoyado, desenfundó su revólver y amenazó al cochero, avisándole:

—Ahora lo haremos de otro modo. ¡Entrégate!

Tiró de las riendas el hombre y el carruaje chirrió antes de pararse. Oscar y Gary aparecieron entonces y se apoderaron de unas bolsas apetitosas, henchidas hasta los bordes...

En cuanto estuvieron en el refugio, su supersensibilizado oído percibió el apagado golpeteo de los cascos de un caballo sobre las agujas de los pinos, que tapizaban los alrededores.

—¡Alguien viene!

Como tres sombras se apostaron, con los revólveres dispuestos, a ambos lados de la entrada. Una figura familiar se destacó en el contraluz y desmontó de un salto.

—Es Ben—aseguró Gary, guardando el arma.

Salieron a su encuentro. Los ojos de Ben parecían huir de sus órbitas y su desencajamiento era espantoso. Bob se adelantó a los demás en preguntar:

—¿Dónde habéis ido?

—Pues se nos ocurrió ir al pueblo a ver lo que pasaba.

—¿Y...?

—Han quemado nuestra casa. ¡Si la vieras!

El amor de su hermano a las cosas tangibles exasperó a Bob, quien le gritó apasionado:

—Pero, ¿y Erme?

—No me obedeció, Bob. Se lanzó como un loco. Entró en el pueblo al galope.

Gary lanzó un aullido de fiera herida, reclamando el caballo de Ben, que era el que tenía más cercano. La desaparición del menor era algo tan espantoso para él, que no atendió a las súplicas, sino a los esfuerzos de los tres hombres reunidos.

—Un momento. Calma. ¡No!

Y la sangre fría de Bob, jefe nato, les convenció de que debían escuchar sus razones y los planes que de ellas se originasen.



Paso por delante del establecimiento de un fotógrafo.



Los hermanos Dalton.



—¿50 le ha perdido algo por aquí?



Quest se acordó a Tull.



—Nancy, no olvidésteis a Mc. hasta de hoy!



Aunque Tula le esquivó, como siempre sus ataques.



—recogían sus ropas dispersadas.



—¿Eh? ¿qué pasa aquí?



—Oscar estaba a punto de miel.



Julia, ex. la prometida de Bob.



—Perdona el retraso, Bob, pero llegó este telegrama...



Bob y Winter pudieron casarse a Grey...



—¿Por qué no te casaste tú del asunto, Tuff?



—¿Te gusta, madre?



Llegaron a la salida--



Bob dió le orden de prepararse--



* * *

El telégrafo repiqueteaba transmitiendo una nueva y supuesta fechoría de los Dalton. Con un suspiro de tristeza, Julia se sentó en su mesa a fin de copiarlo; el rostro de Erme apareció en los cristales y la muchacha le franqueó la entrada, oteando los contornos.

—¿No te han visto?

—No lo sé. ¿Y madre? ¿Dónde está?

—Está muy bien—le tranquilizó—. Anda, escóndete en esa habitación.

Así que ella hubo bajado las cortinillas de las ventanas, Erme se desplomó en una silla con un cansancio infinito, pasándose la mano por la frente. Solamente el amor a su madre le mantenía firme.

—Pero, dime, Julia, ¿no le han hecho daño?

—Claro que no; está con Tod. Los dos cuidamos de ella. ¿Cuánto tiempo llevas sin comer?

—¡Ah, no lo sé! Hace días.

—Pues lo primero es que te alimentes. Te daré mi almuerzo.

Regresó al despacho telegráfico,

abrió un cajón y sacó un paquete con el cual regresó a Erme. Pero la puerta se abrió de golpe y un tropel de hombres ceñudos y armados invadió la habitación, apartándola de un golpe, sin oír sus protestas, que sólo sirvieron para afirmarles que el muchacho estaba allí.

Erme echó el cerrojo y retrocedió hacia la pared opuesta, empuñando su revólver. Mientras que unos golpeaban la puerta, intentando derribarla, los demás se habían apiñado detrás del hombre que mantenía a Julia delante de sí. Erme no dispararía para herirla y le causarían.

Cuando la cerradura saltó, Erme se precipitó hacia otra puerta. Mas se detuvo e hizo fuego contra los que le asediaban, tornándola a cerrar con premura.

—Suelta esa arma — ordenó el que sujetaba a Julia.

—¿Os digo que me soltéis! ¡Soldadme!—gritaba la joven.

Erme procuró hacerse a un lado de manera que le fuera posible disparar sin alcanzarla. Sus contrin-

cantes arrojaron a Julia sobre él; el choque le arrancó el arma de las manos y muchos brazos vigorosos le apresaron. Uno de los verdugos aullaba:

—Ya es nuestro. Entrégate. Vamos, muchachos; a colgarlo en la plaza.

Le arrastraron resistiendo los puñetazos y patadas con que Erme pugnaba por escapar. Julia les siguió, pero se apartó de su camino, corriendo por lugares menos frecuentados.

Entretanto, Tod escuchaba con dolorido las manifestaciones que la señora Dalton hacía en su despacho. Sus brazos cruzados simbolizaban que cuanto había hecho era inútil. En la voz de la anciana temblaban las lágrimas y una frenética desesperación.

—Pobres que ércas. Poniendo a precio sus cabezas queridas, quemando nuestra casa... ¿Por qué?— preguntó con ingenuidad—. Si quieren nuestras tierras, díles que se las regalo... si dejan volver a mis hijos.

—Lo siento... He intentado hablar con River, pero todo es inútil. No hay manera.

Los preludios del linchamiento, llegaron a sus oídos como el zumbido de una colmena excitada. Julia se presentó súbitamente y se

abrazó a Tod, con tal espanto en la cara que la señora Dalton no tuvo fuerzas para ponerse en pie.

—¡Tod!... ¡Han cogido a Erme! Tod y la señora Dalton preguntaron simultáneamente:

—¿A Erme?

—¿Dónde está?

—Le van pegando, le arrastran por la calle... ¡Corre! ¡Vamos, madre!

Tod había desaparecido. Pero todo profetizaba que cuanto hiciera resultaría estéril. En el centro de la plaza había un árbol corpulento y en torno a él se movía una masa confusa de hombres, reclamando con voz ronca una cuerda. Erme combatía como un salvaje, mordiendo, arañando, golpeando los rostros cuardecidos de sus verdugos.

Tod entró en la lid echándose de un salto sobre los últimos del grupo. El sheriff vino en su auxilio y a costa de inmensos trabajos lograron aproximarse a Erme. No obstante, únicamente consiguieron ser aplastados y maltratados como el muchacho, cuyos feroces alaridos dominaban el tumulto.

Y Tod corrió igual suerte que el sheriff y un diputado. Dos hombres le arrancaron de las cercanías de Erme y le golpearon la barbilla, arrojándole a varios metros de

distancia. Julia se hincó de rodillas a su lado, apretándole un hombro y llamándole, lo cual pareció reanimarle.

—No es nada, Julia—dijo incorporándose.

—¿Qué podemos?... ¿Qué podríamos hacer?—se desesperó ella.

—Espera.

Saltó la valla y se subió al carricoche del sheriff situado en un extremo de la calle. Mientras tanto, la señora Dalton irrumpió en el grupo y abrazó a su hijo, con tal dignidad y amor, que poco a poco los ánimos se fueron apaciguando.

—¡Dejadme pasar, fieras! No le peguéis así, que sois unas bienas. ¿Es que no os da pena maltratar de ese modo a un pobre muchacho!

Lo que no habían hecho los músculos, lo logró el amor de una madre. Todos bajaron avergonzados la cabeza. River, comprendiendo que perdía terreno en su cruel venganza, se encaró con ellos, gritando:

—¡No dejéis que la vieja se lo lleve!

—¿Conque vieja, eh?—exclamó la anciana, avanzando contra él.—Ya sé que eres el único responsable de lo que sucede. Debi adivinar que eras tú el verdadero asesino de mi hijo. ¿Por qué no colgáis a ese hombre?

Pero River había vencido. Separaron a la anciana y reanudaron su

repugnante labor. Entonces se presentó Tod, subido en el vehículo, azuzando despiadadamente a los caballos, que lanzó sobre los linchadores. En un momento se pusieron a salvo del alud que se les venía encima y Tod lo aprovechó para hacer subir a su amigo, mientras el sheriff ocupaba la parte trasera.

La plaza quedó desierta al correr los linchadores tras su presa. Únicamente permanecía en el suelo el cuerpo martirizado de la señora Dalton, que unas mujeres compasivas y Winter se encargaron de conducir a otro lugar.

Tod no frenó a los caballos hasta que estuvo en el puesto del sheriff, que rápidamente puso en seguridad a Erme, esquivando a los que deseaban saciar su desilusión.

El sheriff y dos de sus hombres metieron a Erme en el pasillo de las celdas. Pero, inesperadamente, Bob, sus dos hermanos y Oscar tomaron parte en el asunto, erizados de pistolas y de rifles.

—No se moleste, sheriff. ¡Manos arriba!

Gary se encargó de encerrarlos convenientemente. Ben sostuvo a Erme que se tambaleaba y le preguntó alarmado:

—Anda, siéntate. ¿Estás bien?

—Sí.

Gary y Oscar regresaron; el pri-

mero dió un revólver al hermano menor y le estrujó cariñosamente la mano. Oscar se paseó por la habitación con un rifle debajo del brazo, lanzando temerosas miradas a la multitud creciente, que había en la calle.

—¿Qué hacemos ahora? — se asustó.

—Descansar—rióse Bob.

Tod entró en su despacho y pidió comunicación con la policía de Benton. Los esbirros de River no le dieron tiempo de hacerlo; le amordazaron y le ataron, salvando así el obstáculo que representaba para sus funestos planes. Los hermanos Dalton estaban perdidos o, por lo menos, abandonados a sus propios medios.

River animó a los linchadores a derribar la puerta. Una viga percutió contra la madera y el golpe resonó en todo el edificio. Los Dalton no alteraron su sangre fría; estaban apostados delante de la puerta y al pie de las ventanas, estudiando el exterior. Ben era el único que vacilaba.

—Hay muchos caballos ahí fuera—insinuó Gary.

—Si pudiéramos cogélos — exclamó Bob.

—Estoy pensando, Bob... — fué Ben el que habló—. Puede que si me dejaras hablar con esa gente,

tal vez... tal vez les convencería para...

—No... perderías el tiempo—fué la respuesta.

—Lo único convincente son las balas—decidió Gary.

—Sí. Verás cómo las entienden—aseveró Bob, contagiado de su indomable belicosidad.

Sonó el timbre del teléfono y Oscar, que estaba disgustado por haber rechazado Bob una de sus ideas, cogió el aparato con mucho reparo.

—Diga... Ahora está durmiendo.

Ya pesar de que las circunstancias no eran propicias, todos rieron. Los golpes de la viga aumentaron de fuerza y de intensidad. Una sola embestida más y derribaban la puerta. Bob dió la orden de prepararse. Sus manos se cerraron sobre las armas y se colocaron frente a la entrada.

Los hombres penetraron en el puesto impelidos por el impetu del embate. Soltaron la viga en vista de las armas. Bob, con los revólveres sobresaliendo amenazadores de las caderas, les preguntó:

—¿A quién buscan ustedes?

Inmediatamente disparó contra sus pies. La multitud se dispersó por ensalmo. Llegaron a la salida, disparando al aire. River fué el primero en desaparecer. Las detona-

ciones sonaban como una ametralladora. Eran dueños de la calle; se apoderaron de unos caballos y picaron de espuelas, seguidos por las balas de los linchadores.

Cercanos al fozal del pueblo, un balazo derribó a Erme de su montura, que escapó desbocada. Ben desmontó de un salto y puso al menor de sus hermanos en la silla de su caballo, golpeando con fuerza sus grupas. Luego, esperó a que los habitantes se le acercaran, con las manos en alto.

—Un momento. Todos me conocéis. Yo no soy un bandido. Soy un agricultor como vosotros. No quiero haceros ningún mal...

Los tenía subyugados por su osadía, River desenfundó el arma de su secuz más próximo y le derribó mortalmente herido, vanagloriándose de su hazaña. El ruido del galopar de unos caballos, sacóles de su estupor. Los Dalton regresaban a rescatar a su hermano.

Volaron hacia las casas cercanas, de modo que Bob supuso lo sucedido al ver a Ben tendido de bruces en el polvo. Gary adivinó asimismo a quién se debía la fechoría y arrojó su corcel sobre los que huían, buscando a River.

Este había perdido toda su valentía. Advirtió instintivamente que Gary le buscaba, manejando su caballo con la mano izquierda; en la

derecha relucía un arma, y le faltó tiempo para huir hacia una puerta abierta... Mas todas estaban cerradas. Impotente, miró a Gary.

Sonó una detonación y River resbaló. Otro disparo de Gary, cuando ya estaba en el suelo, le hizo rendir cuentas de cuantos crímenes había cometido para satisfacer su desenfundada ambición. Poco después, los hermanos estaban lejos.

Pero la muerte de Ben había deatado en su pecho una extraña fiebre. Como únicamente supervivían los más audaces, decidieron ponerse fuera de la ley, ya que estaban condenados a la horca mucho antes de hacerlo efectivamente.

El mismo día estaban emboscados junto a una pisa pendiente de la vía férrea. Bob preguntó a Erme cómo se encontraba y tuvo una contestación tranquilizadora. El tren apareció, resoplando cuesta arriba; su marcha era muy lenta.

Divididos en dos grupos, Erme y Gary pasaron al otro lado de los carriles y a una señal de Bob, galoparon paralelos a los vagones, saltando a ellos así que estuvieron cercanos a una plataforma. Bob se reunió con Gary marchando hacia el vagón del correo; Erme y Oscar entraron en los vagones de los pasajeros. Pero antes, Oscar regañó al menor de los Dalton:

—Escucha, Erme, no se te vaya a ocurrir quitar el dinero a los viajeros. Tienes que ser bueno. ¡Cuidadito! Anda.

—¡Arriba las manos! ¡Todo el mundo en pie!—gritó Erme.

Bob y Gary entraron tranquilamente en el vagón del correo. Gary contuvo a los empleados y a dos agentes con sus revólveres, mientras Bob ordenaba:

—¡Abrid esa caja!

CAPITULO IV

CARRERA DE FECHORIAS

A partir de este momento, libres del freno que Ben había opuesto a su venganza, los Dalton obtuvieron una triste celebridad, cometiendo toda clase de atropellos, algunos de los cuales se debían por entero a la fantasía popular, admirada de su audacia en los golpes de mano y de su destreza y valor en el manejo de toda clase de armas.

Sus fechorías se dilataron a los cuatro Estados colindantes con Kansas. Galopaban incansables, entrando a tiros en un pueblo y haciendo frente a los defensores de la ley, realizando innumerables veces su proeza de asaltar un tren, robaron bancos a plena luz del día, desvalijaron diligencias, mataron,

huyeron... siempre triunfadores.

Dirigidos por Bob, cuya jefatura aceptaron de buen grado, perfeccionaron sus delitos y aumentaron su conocimiento de los lugares abruptos y montañosos, en los que encontraban fácil refugio. Sus hazañas cada vez fueron más y más siniestras...

La módica suma ofrecida en un principio por River a quien los capturase, dejó de ser un premio particular y el mismo Estado fué aumentando progresivamente su cantidad, que se fijó en quince mil dólares y luego en veinte mil.

Tod y Julia estaban perplejos ante aquel cambio. Una mañana, el desconcierto de Tod creció al leer el periódico que le alargaba Julia:

"Los Dalton parecen estar más organizados. Poseen un completo conocimiento de nuestras montañas. Los Dalton repiten la hazaña de asaltar un tren en marcha. Se ofrecen quince mil dólares a quien consiga capturarlos."

Considerando que el periódico había llegado con un importante retraso, quedó justificada la alarma con que Tod se volvió a Julia, aplastando el papel contra la mesa.

—Cada vez peor.

—Sigo sin comprender nada — dijo ella—. No me lo explico... cómo ha podido...

El gesto de Tod se endureció. El problema había cambiado de aspecto. Su amor por Julia ya no debía ser contenido, desde el momento en que Bob había osado manchar su memoria con sus crímenes. Su lealtad era estúpida. Jamás lograría su amigo recobrar su buen nombre...

—Esto no puede seguir, Julia.

Tenemos que olvidar el pasado; pensemos en nuestro porvenir. Mañana nos casaremos.

—¡Ay, Tod, qué más quisiera!... Pero no me atrevo—suspiró, apretándose contra su pecho.

Su irrazonable temor quedó de pronto basado. Los cristales de la ventana saltaron hechos añicos y una piedra de gran tamaño rebotó en el suelo. Tod se agachó y la miró. Iba envuelta en un pañuelo, atado por unos cordones, al deslizar los cuales cayó un papel. Recogiólo Julia y escrito con lápiz, leyó:

"No te olvido nunca, Julia, Bob".

En efecto, el billete tenía suma importancia para ellos porque indicaba, no sólo que Bob proseguía enamorado de su antigua prometida, pero asimismo que estaba en los contornos. Y Tod no supo qué decir para tranquilizar el mudo espanto de su amada.

* * *

En un pueblecillo situado a una decena de millas de Coffeyville, el sheriff fijaba un cartel en el tablón de anuncios de su puerta, tarea que presenciaban unos desocupados sujetos. Era un pasquín que subía el precio de las cabezas de los Dalton a veinte mil dólares.

—Oiga, sheriff, ¿y si estuviesen escondidos por aquí?

El funcionario bufó con desprecio y suspendió los martillazos.

—¿En la ciudad? No tendré esa suerte. Los detendríamos.

—Pues es una pena. Le convendría mucho tener un éxito así para que le eligieran de nuevo.

—¡Ah! No me hace falta — le respondió el sheriff.

Su seguridad fué quebrantada casi a unísono. Un hombrecillo delgado y pequeño se presentó jadeado y se apoyó en una columna, mientras muchos curiosos y desocupados comparecían atraídos por sus gritos. Se ahogó el hombrecillo varias veces y, por último, consiguió hablar:

—¡Ahí están!

—¿Quiénes?—se aturdió el sheriff.

—¡En el café de Pedro!

—¿Pero de quiénes hablas?

—¡De los Dalton!

—¡Ah!... ¿Eh?... ¿En el café?

—Sí.

El ánimo que le había inducido a proferir sus bravatas se volatilizó. El sheriff se asemejó a un globo hinchado al que se pincha de repente. El martillo gravitó. Su consternación se comunicó a los desocupados, que le interrogaban con los ojos, exigiendo una decisión. ¡Ay, las elecciones!...

—Bueno... pues... tenemos que pensar en algo. Ten, vete a avisar a la gente, a todo el mundo. Que vengan armados. Coge tu rifle. Voy por el mío.

Los Dalton y Wilson, un nuevo componente de su banda, escuchaban muy risueños, saciando su hambre, las explicaciones que Pedro, el dueño del café, prodigaba sobre

lo que haría y dejaría de hacer en caso de que les tuviera delante:

—Entonces yo dije... dije: Puede que los Dalton no aparezcan por aquí y puede que aparezcan; y, en ese caso, lo que es a mí me encuentran preparado. Supongamos que vinieran como ustedes y estuvieran comiendo sin fijarse en mí. Yo fingiría que iba a ofrecerles más pasteles y les apuntaría así, de improvviso. ¿Qué harían ustedes?

La coincidencia fué unánime. Los cuatro hombres desentendieron sus revólveres y se los metieron debajo de las narices. Pedro vió como en sueños que Bob alargaba una mano y le arrebataba la bonita pistola que había empuñado momentos antes.

—¡Ah, ya entiendo!—murmuró.

—No está mal—dijo Bob, por la pistola— ¿No te gusta para tí, Erme?

—No. Prefiero el cañón más largo.

—Mi tío Andrés decía que era muy bueno—protestó Pedro, pero se interrumpió—: ¿Dijo usted Erme?

Se sujetó en los estantes para no caer decaído. Sus ojos fueron de unos a otros, que se fueron presentando a medida que recibían su mirada.

—Gary.

—Bob—dijo éste—. ¡Ah, perdón! Este es Wilson, un nuevo amigo.

Pedro estrechó la mano que Wilson le ofrecía sin dejar de masticar.

—No había oído hablar de él. Me hace gracia pensar que estaba hablando con ustedes sin saber que eran ustedes. ¡Ja! No me lo creerán. Tengo fama de ser un mentiroso.

—Tenga—contestó Bob, devolviéndole el revólver.

—No, no, guárdese. No me sirve de nada. Tómense otro pastel... tenga, otro, los que quieran... Yo invito... Muchas gracias.

Tan espantado estaba que incluso agradeció que aceptaran las golosinas. Entretanto, el sheriff no había perdido el tiempo y dirigía sus huestes, colocando unos hombres en las esquinas y puertas desde donde se dominaba el escaparate del café, llevándose a la mayoría hacia unos sacos terreros que se apilaban delante del establecimiento.

El hombrecillo que había dado la voz de alarma, entró en una taberna, chocando contra una madera, y avisó a los ocupantes de la misma la presencia de los Dalton en el pueblo. En un santiamén el local se quedó vacío. Oscar, sem-

piterno conquistador, sacó cautelosamente la cabeza entre las dos muchachas que tenía sentadas en sus rodillas en aquella taberna.

—¿No vas tú también a defendernos?—le afeó una de ellas.

—¿Allá voy!

Las abandonó pesaroso y, en cuanto estuvo en la calle, se guardó la pistola, oteando en todas las direcciones y lanzando un gemido en vista de los bélicos preparativos de los habitantes.

El sheriff disparó, abriendo un boquete en el cristal del escaparate de Pedro, y gritando:

—¡Hermanos Dalton, ahora no os podréis escapar!

Bob respondió al desafío, arrancándole el sombrero de un balazo, que fué la señal de que las hostilidades habían empezado. Wilson disparaba junto a él con método: mientras tanto, Gary y Erme hacían fuego con sus dos revólveres, deteniéndose únicamente para cargarlos.

La puntería de los Dalton era terrible y alcanzaba a los hombres del pueblo, haciendo una verdadera carnicería, por mínima que fuera la porción del cuerpo puesta a su vista. No obstante, era una demencia suponer que vencerían contra un grupo tan numeroso, cuyas balas habían acribillado los cristales

y las maderas convirtiéndolas en un colador.

—Busca una salida—ordenó Bob a su hermano menor.

Mientras Erme se arrastraba por el suelo, Oscar había dado con el medio para sacarles del apuro. Llegó a las cocheras de la diligencia y se puso al lado del hombre que atendía a los caballos.

—¿Por qué suenan tantos disparos?

—Creo que han cogido a los Dalton en el café.

—¿Ya lo sé?—respondió Oscar.

Y su enorme puño entró en relaciones con la barbilla del cochero con resultados soporíferos. Rápidamente trepó al pescante y estiró de las riendas de los caballos, a los que hizo correr al galope con agudos alaridos.

—No hay ninguna otra salida—anunció Erme, tornando de su exploración.

—Bueno, bueno—dijo Bob y se encaró con Wilson—: Ya te dije que con nosotros te divertirías.

El otro cargó tranquilamente sus armas y contestó:

—Sí. Así es.

Oscar entró en la calle y, despreciando los balazos, paró la diligencia delante del lugar en donde estaban sus amigos. Inmediatamente el fuego de las armas se acalló;

rugió el sheriff, irritado de su ne-
cedad:

—¡Quítate del café, so bruto!
¡Los Dalton están ahí!

—¡Bueno, como tiréis hacia aquí
y me dejéis inútil algún caballo,
tened por seguro que os acordaréis!

—¡Llévate de ahí la diligencia!
—barbotó el sheriff.

—Bien, si no seguís tirando, es-
toy dispuesto a irme. Y lo mismo
les digo a los que están ahí dentro.

Bob se rió del ardid ingenioso
empleado por Oscar para salvarles
y ordenó a sus hermanos que sa-
lieran a rastras. El sheriff repetía
su conminación estando tentado de
disparar contra él; Oscar le conteni-
a con buenas palabras.

—¿No ve que los caballos no me
obedecen porque se han puesto
muy nerviosos con tantos tiros? La
culpa la tenéis vosotros por tirar
así—y miró al café—. Y vosotros
también, acabad de una vez por to-
das. Bueno, ahora ya creo que me
voy. ¡Arreando! ¡Arre, caballos!

Arrancó la diligencia, envuelta
en una nube de polvo y poco des-
pués trazaba una curva, corriendo
por la carretera. Los sitiadores
reanudaron el tiroteo, destrozando
el establecimiento.

—¡Alto el fuego! Ya no respon-
den—avisó el sheriff—. ¡Si alguno

de vosotros queda con vida salga
manos arriba!

Compareció Pedro en la puerta
con las manos en alto.

—¿Qué ha pasado? ¿Están ho-
ridos?—indagó el sheriff.

—¿Qué dices? Se han escapado
metiéndose en la diligencia — ex-
clamó Pedro enfurecido.

—¿Qué? ¡Pronto!... ¡A los caba-
llos!

—¿Y quién me paga a mí los
desperfectos?—se preguntó Pedro,
contemplando la fachada historia-
da por las balas.

Los Dalton habían progresado
mucho por el amplio valle. Oscar
animaba a los caballos, que galopa-
ban como si tuvieran alas. No obs-
tante, en la lontananza aparecieron
las figuras crecientes de los caba-
llos del sheriff y de sus auxiliares,
acortando rápidamente el terreno.

Uno tras otro salieron los jóve-
nes de la diligencia, acomodándose
en el techo. Gary tendió un pastel
a Oscar, que lo tomó sin soltar las
riendas.

—Gracias, Gary. Es de limón.

Bob se contrarió y le palmoteó
en la espalda. El pastel salió dis-
parado y Oscar exhaló un gemido
de gula frustrada, queriendo parar
la diligencia para recuperar el sa-
broso bocado.

—¡Se me ha caído!

—No importa. Vamos, déjalo.

—Ha sido culpa tuya—acusó y se relamió—: Era bueno.

Prestó más atención a los caballos. Sin embargo, la pesada diligencia no podía competir en velocidad con los ágiles corceles de sus perseguidores. Wilson y Erme estudiaron la situación. Se distinguían perfectamente las facciones de los jinetes que llevaban detrás.

—¡Eh! ¡Ganan terreno!

Y Erme hizo varios disparos secunado por Wilson.

—¡Siempre os metéis en cada jaleo!—gruñó Oscar.

—Anda, no hables; arrea—dijo Bob.

Las pistolas continuaron crepitando. Oscar gritaba como un endemoniado amenazando a los rudos caballos de tiro con unas incomprendibles maldiciones; Bob azuzaba al conductor. Una cincuenta de metros les apartaban de los defensores de la Ley. Por consiguiente, urgía tomar una decisión.

—¡Eh, oídme! ¡Hay que dejar la diligencia! ¡Nos van a dar alcance! ¡Vamos!

Saltó sobre el lomo del caballo más cercano y de éste a otro y así sucesivamente hasta que llegó a los dos caballos delanteros. Gary, Erme y Wilson remedaron su conducta y ocuparon un caballo cada

uno, cortando los arreos. Los caballos, al tener facilitados sus movimientos, se alejaron rápidamente, mientras la diligencia perdía velocidad.

—¡Eh, Bob!—gritó Oscar, acuciando a su único caballo—: ¿Cómo... cómo me salvo, si no puede volar? ¡Bob! ¡Eh, Gary, Erme! ¡No me oye nadie... que tenga buen corazón! ¡Huy, huy, huy!

Lamentando la negra ingratitud del prójimo, Oscar volvió la cabeza hacia atrás. El sheriff casi tocaba con la mano al carrozno. Pero Bob intervino a tiempo, entregando un caballo a Oscar, que lo montó con un suspiro de alivio.

—¡Hala!—exclamó Gary, saliendo de la carretera.

La diligencia vaciló antes de detenerse. El sheriff escudriñó su interior y siguió las huellas de los Dalton, adentrándose en la maleza. Bob, ya más seguro de que saldrían con bien, acercó su cabalgadura a Oscar.

—¿Qué tal ahora?

—Algo incómodo—replicó el gordinflón.

Penetraron en un abertal, metiéndose en un bosque de abetos, cruzado por un río caudaloso. Precauidamente lo vadearon en sentido oblicuo y saltaron un tronco derribado. No así el sheriff que se

metió precipitadamente con los suyos en el agua, alguno de los cuales fueron arrastrados por la corriente y para recobrarlos malgastaron unos minutos preciosos.

Los Dalton llegaron a un talud y corrieron paralelos a él. Gary se aproximó a Bob y le dijo:

—Si no encontramos caballos más rápidos nos alcanzarán.

Sonó un agudo silbido y Bob adivinó en donde estaban. Sofrenó a su caballo y descabalgó de un solo movimiento.

—¿Te gustaría más el tren?

A renglón seguido, subieron el empujado talud y llegaron al borde del mismo, que se interrumpía a un metro de distancia de los techos de los vagones. Bob levantó la mano y Oscar se dejó caer al mismo tiempo que él. Los tres restantes se lanzaron y se asieron a los respiraderos del techo.

Poco más tarde se reunían con Bob y agitaban sus sombreros burlescamente en dirección del desengañado sheriff.

—Ya hemos escapado — respiró Erme.

—Si, lo habrán sentido, ¿eh?— comentó Gary.

Oscar abrió la boca exhalando un gruñido, que les hizo reír:

—Siempre se ha dicho que es

más cómodo viajar en ferrocarril, pero no en el techo.

Calmada la hilaridad, Bob se puso en pie avanzando hacia el vacío que separaba un vagón de otro. Sus hermanos hicieron lo mismo.

—Ahora que nos han dejado en paz, ¿qué tal si inspeccionásemos el tren?

—Eso no está mal pensado — aprobó Gary.

Erme se echó boca abajo y Wilson y Oscar le sujetaron por los tobillos. Con el cuerpo pendiente, observó el interior del vagón, repleto de hombres armados. Apresuradamente agitó la mano y le subieron.

—¡Está lleno de policías! ¡Huyamos!

Salvaron el vacío de un brinco y fueron pasando de un coche a otro. En uno de ellos varios sheriffs jugaban al póker. El choque de las botas de Oscar hizo levantar la cabeza de un jugador.

—Oíd. ¿No habéis escuchado un golpe?

—Probablemente serán los hermanos Dalton— se burló el que tenía delante.

Los forajidos, ya cercanos al tónder, anduvieron a gatas, con una cautela creciente. Erme, que iba en la vanguardia, retrocedió al

llegar al filo del vagón, con renovada alarma.

—¿Puedo saber qué te ocurre?— inquirió Bob.

—Tenemos que marcharnos del tren. Está lleno de policías. Debe haber cien o más en todos los vagones. Mirad allí.

Siguieron la dirección marcada por su mano. Sobre el carbón del ténder, brillaban los cañones de numerosos rifles. Entre el ténder y el lugar en que estaban había como una media docena de caballos enjaezados. Y sólo era posible deducir una cosa de tantas precauciones.

—Deben llevar en el tren algo muy valioso—dijo Gary.

—Sí. No se han olvidado ni siquiera de tener los caballos enaillados—confirmó Oscar.

—Es muy interesante. Nos acercaremos. Vamos—propuso Bob.

Y fué el primero en descolgarse por la escalerilla. Los jugadores de póker, entre convite y convite, conversaban sobre los Dalton, que constituían su idea fija.

—¿Qué sorpresa para los Dalton si asaltaran el tren!

—¿Están a mil kilómetros de aquí!—despreció un sheriff—. Tú juegas.

Un exceso de confianza resulta a veces pernicioso. Así pudieron to-

dos los Dalton encaminarse a la puerta del vagón acorazado y Bob llamó con los nudillos. Sus seis ocupantes se levantaron del asiento, apuntando los rifles en tal dirección.

—¿Quién es?

—El inspector—contestó Bob.

Volvieron a sentarse y a sumirse en su descuidada indiferencia. Bob hizo girar la puerta sobre sus gornes y apareció acompañado de Gary y de Erme, mientras Wilson y Oscar les cubrían las espaldas con sendas pistolas en cada mano.

—¡Manos arriba! Quietos. Venga, quítales las armas—ordenó a Erme—. Júntense todos. Vamos, de prisa. Tiéndanse en el suelo y déjense atar.

Con un manojo de rifles y de revólveres, Erme dejó paso libre a Gary, quien se apoderó de un rollo de cuerdas y se ocupó de la tarea de ligarlos, en la que era maestro consumado.

Mientras los jugadores de póker seguían enfrascados en las puestas, asegurando que los Dalton estaban en California, Gary concluyó su tarea y se volvió a Bob, que empujaba una pesada caja de madera. Entre los dos la arrastraron a una abertura practicada en un lado del vagón.

—Erme, echa aquí una mano.

—Allá voy — dijo, corriendo la tabla que disimulaba la abertura.

—Así, afuera con ella — la caja salió disparada—. Hemos terminado. Andando, salgamos.

Pero esta vez no lo hicieron por el techo, sino por la entrada que daba al coche de los caballos. Echaron la llave de la cerradura y ya despreocupados, Bob puso el pie en el estribo.

—Muy bien. Vamos... saltemos.

—¿Y los caballos? — preguntó Gary—. ¿Por qué no cogerlos?

—Claro que sí—afirmó Bob, volviendo a subir.

—Yo... quiero el más bonito — profirió Oscar.

—¿Por qué?

—Porque por tu culpa me quedé sin pastel.

Se metieron entre los animales y Ernie y Wilson levantaron los barrotes, que sujetaban la valla movediza, la cual cayó a un costado. Cada uno montó en un caballo y Bob, que permanecía a pie, dió la señal de partida.

—¡Listos!

—¡Tened cuidado al saltar!—recomendó Oscar.

El tren corría a bastante velocidad. El terraplén por el que habían de precipitarse semejaba una fugaz y grisácea línea. Los jinetes vaci-

laron unos segundos, que impacientaron a Bob.

—Daos prisa. ¿A qué esperáis?

—¡Hala! — animó Gary a su cabalgadura, picando de espuelas.

Wilson abandonó el vagón al mismo tiempo que él; la montura de Gary tropezó y rodó por el suelo, despidiendo a su jinete por las orejas, aunque inmediatamente el joven la volvió a dominar, corriendo a ocultarse lejos del ferrocarril.

Entonces, uno de los jugadores de póker se apartó de las cartas y muy excitado se precipitó a la ventanilla.

—¡Eh! ¡Un momento! ¡Mirad allí!

—¿Qué sucede?

—Me atrevería a jurar que aquél es Gary Dalton.

—¿Gary Dalton?

Y sus risotadas le hicieron ocupar su puesto, avergonzado, mas no convencido. A poco otro hombre se desprendió del tren y el jugador se percató de ello, con un sobresalto tal que arrojó las cartas y apabulló el sombrero del que tenía delante.

—¡Eh! ¡Mirad otra vez allí! Allí, allí va otro. Es igual a Ernie.

—¿Ernie? ¿Ernie? ¿Quieres dejar de ver fantasmas y terminar el juego de una vez?

—¡Pues juraría que era Erme!— repitió testarudo.

Y no se equivocaba. Bob y Oscar eran los últimos que quedaban. Oscar había logrado que le cedieran un hermoso pinto y contemplaba con reparos los macizos laterales, en donde pronto iría a desplegarse.

—¡Anda, Oscar, ahora te toca a ti!—dijo Bob, azotando con la reata la grupa del pinto.

—¡Animo, caballo!

Se desgajó del vagón como un bóvido de carne y hueso, pero el pinto se rebeló a causa del baquetazo sufrido... Y así le contempló Bob, agarrado de la cola del caballo, que coceaba furioso, para desistir ante la tenacidad del gordinflón.

—¡Bucno, que me muera si aquel que va allí no es Oscar Johnson!— rugió por tercera vez el alarmado jugador.

—¿Cómo? — aulló un incrédulo— Puede que no sea Oscar, pero se lleva mi caballo.

Mientras el aviso recorría el tron de un extremo a otro y los frenos chirriaban, lo que hizo barruntar a Bob que habían sido descubiertos, el joven subió a un estupendo corcel blanco y miró el paisaje a donde iría a parar.

El valle había sido substituído

por un río. La vía férrea, pasaba sobre un puente y la altura era inmensa. Bob meneó contrariado la cabeza en el momento en que la locomotora daba la última vuelta a las ruedas.

—Espero que sepas nadar— comentó dirigiéndose al potro.

Como un blanco meteoro, con un relincho de pavor, el animal respondió al requerimiento de las espuelas y cruzó el aire. Corcel y caballero semejaron formar un único cuerpo. Después, las aguas se los tragaron con un horroroso chasquido.

Los ocupantes del ferrocarril corrieron aturdidos de un lugar para otro y como por un mutuo convenio se congregaron al pie del vagón asaltado por los Dalton, apartando las portezuelas y hallando el espectáculo consiguiente, en tanto que el maquinista acudía apresuradamente.

—¿Qué ha pasado?

—¡Los Dalton!! — adivinó su ayudante.

—¡Se han llevado el oro!— anunció un sheriff, desligando a los guardianas.

—¡Y los caballos!—repuso otro. El maquinista azotó el aire con un ademán de desprecio fulminador:

—¡Ah! ¡Y menos mal que nos dejamos el tren!

Los demás se escabulleron como colegiales que, en un día de novillos, tropiezan con el maestro.

¡¡Los Dalton habían vencido!!

CAPITULO V

EL REGRESO

—Hemos llegado, señora—exclamó el cochero.

Julia descendió de la tartana y se despidió de sus compañeros de tránsito. Chasqueó la lengua el cochero y, en cuanto estuvo distante el vehículo, la joven se encaminó a un grupo de sauces llorones, sacudidos por el viento de otoño.

Una anciana se arrojó a sus brazos y la besó con efusión. Era la señora Dalton. Renovaron el abrazo y ambas se secaron una lágrima.

—¡Julia! ¡Qué alegría volverte a ver otra vez!

—Vine así que recibí el recado.

La señora Dalton la guió hacia otro camino, apartado de la carretera, en donde un hombre de barba canosa esperaba sentado en una carretela.

—Estaba segura. He venido con mi hermano Tom.

Se saludaron y reanudaron la conversación ambas mujeres.

—¿Hay noticias, madre?

—Bob ha venido al fin a vernos.

Los labios de Julia se apretaron formando una línea imperceptible. No había esperado tal cosa. Una intensa agitación no pudo ser disimulada. La señora Dalton observaba los cambios de su expresiva cara con tristes pupilas.

—¿De modo que está aquí?

Las manos de la anciana se apoderaron de la suya y con firmeza escrutó sus ojos.

—¿No te alegras de verle, Julia?

—¡Ay, madre, no quisiera parecer mala! ¡Tantas cosas han pasado!

—No te apures. Te entiendo. En el fondo siento que hayas venido.

—No lo sientas. Lo he hecho por ti.

—Gracias.

Subieron a la carretela y tras de una corta carrera, llegaron a la nueva casa de la señora Dalton, que había reemplazado la destruída por la crueldad de River. Con un suspiro descendió la anciana; su hermano desapareció discretamente.

Era fácil advertir que la anciana no estaba contenta del regreso de sus hijos, que únicamente lograría complicar las cosas. La imagen del noble y fiel Tod pasó por su mente.

—¿Cómo está Tod?

—Está bien. Siempre muy ocupado. Se pasa todo el tiempo en Kansas.

—¿Trabajando siempre por mis hijos?

—No lo olvides un momento.

—Es tan buen amigo, pero... sólo temo que no consiga nada.

Pisaron el porche y aparecieron en el umbral de la casa. Allí estaba Bob extrañamente cambiado, tan duro, roto, tan indómito y feroz como sus hermanos, que dieron unos pasos hacia ella, mientras el mayor la abrazaba con un grito de placer.

—¡Julia!

No percibió la ligera tositura de ella al responder a los saludos de sus hermanos y de Oscar. Wilson

la miró con avidez. No había visto a una mujer hacia muchos meses.

—Este es Wilson.

—Tanto gusto.

—Encantada de saludaros.

Bob les empujó hacia la cocina. La señora Dalton acariciaba la mano de Julia y el contacto la alivió.

—Idos todos, dejadles — indicó la anciana—. Si no me necesitáis me voy arriba.

Antes de subir la escalera, se puso de puntillas y besó a Julia. Bob se impacientó y acompañó a su madre a la escalera.

—Gracias, madre—respondió Julia a la caricia.

Dió la espalda a Bob, acopiando fuerzas para hacer la revelación que le quemaba los labios y, mucho más aún, para hacer frente a la tormenta que su confesión iba a desencadenar en Bob. Le escabulló y se pegó a una mesa mientras Dalton la tomaba entre sus brazos y la besaba con pasión.

El cuerpo de Julia tenía la rigidez del hielo, pero, nuevamente, él no se percató de ello, poniéndose a hablar:

—Ha sido buena la idea de traerle. Pero me estorba un poco tanta familia...

—Bob, tenemos que hablar.

El reparo del tono de su voz,

fué causa de que él se le adelantara en comunicarle sus futuros proyectos.

—Sé lo que me vas a decir, no te molestes. Nuestras vidas van a cambiar. Mis hermanos se irán a California y tú y yo a Sudamérica.

—Bob, es mejor que te lo diga... Yo no me iré.

—¡Ah! Si no te agrada Sudamérica, podemos marcharnos a cualquier lugar.

Julia evitó las caricias que prodigaba en su cabello y se apartó de él.

—Tienes que oírme, Bob.

Pero él la siguió ebrio de pasión.

—Me había olvidado del color de tu pelo...—y sonrió—y de tus ojos de zafiro.

—¿Es que no lo entiendes, Bob? Jamás me iré contigo.

—¿Qué te pasa? ¿Te asusta?

—Sabes que no es eso.

Las pupilas de Bob se estrecharon hasta ser dos diminutos puntos que taladraban su alma, recorriendo todos sus recuerdos. Por fin había adivinado y la pasión indomable, libertada por su vida salvaje y peligrosa, estalló con una violencia que la hizo retroceder.

—¿Entonces por qué vacilas?... O quieres decirme que... No, conmigo no se puede jugar... Tienes miedo.

Frenó su arrebato, pero la Julia que lo desafiaba no era la que él conocía. Era una mujer entera, firme, espaz, incluso, de arrostrar su ira; era una verdadera mujer. Y él se estremeció al escuchar sus palabras como si fueran otros tantos latigazos:

—¿Y nunca se te ha ocurrido pensar que hubiera cambiado?

—¿Qué quieres decirme?

—Yo no te quiero, Bob. Tal vez nunca te quise...

Se interrumpió atemorizada por la transformación que su frase obraba. Pero Bob tenía avidez de saber, sentía sed de alimentar el incendio que roía su pecho, mientras unas ansias de destosar recorrían sus músculos y crispaban sus dedos.

—Continúa, continúa. ¡Dímelo todo!

—No me importa lo que has dicho. No es tampoco que me haya dado cuenta ahora. Te lo quise decir antes del juicio... pero Tod no me dejó.

—¡Ah! ¡Tod Jackson!

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la cocina con el ímpetu de un vendaval.

—¿A dónde vas? —gritó Julia, freccasando en sus discos de retenerle, pues Bob se libró de un tirón y cerró la puerta de golpe tras de

al. Julia adivinó con su certero instinto femenino lo que se proponía su antiguo novio y se precipitó escaleras arriba, llamando a la señora Dalton.

—¡Madre!

Una vez en la cocina, Bob se abrochó el biricú sin pronunciar una palabra y buscó su sombrero. Sus hermanos hacían cábalas sobre sus propósitos, seguros de que algo muy grave debía haber acontecido para que el inalterable y cariñoso hermano mayor les despreciase de aquella manera.

—¿Crees que va al pueblo? — preguntó Erme a Gary.

—¿Por qué no?—repuso ésta.

Erme cerró el paso a Bob cuando iba a salir. Oscar, muy intrigado, dejó de masticar un pastel de manzana.

—¿Adónde vas?

—Tengo mucho que hacer ahora. Oíd, si no vuelvo esta noche no me esperaré. Nos reuniremos después en la montaña.

Gary cesó de balancearse sobre las patas traseras de su silla y la olvidó para acercarse a él, lentamente y abombando con pereza el pecho.

—Un momento, Bob. Hemos estado hablando todos... ¿Qué te parecería hacer una visita al banco en el pueblo?

—Es una idea, Bob — sugirió Erme.

Pero Bob hizo un gesto violento que los dominó.

—¿No os he dicho que hemos concluido? No hay que pensar más en nuestro pasado.

Marchado Bob, Gary tornó sin apresuramientos a su silla muy carriacontecido por la negativa de su hermano. Era la primera vez que les rehusaba algo y a él no le agradaba tener que tragarse las ilusiones.

—Sigo creyendo que era un buen proyecto.

—¡No hay duda! — convino Erme.

Sin embargo, los minutos pasaron, mientras ellos deglutían su contrariedad. Sin Bob no podían emprender nada, era cosa sabida. Pero Gary sonrió. Era algo que estaba por demostrar, si ellos valían o no por sí solos.

—No volvremos a estar en mucho tiempo por estos alrededores.

Oscar se atragantó al percibir su significativo tonillo, tosiendo y consiguiendo finalmente enviar el trozo de pastel por vía normal, con lo que recuperó la voz.

—Pero debemos obedecerle.

—¿Por qué?—opuso Gary—. Es una lástima perder esta ocasión.

—¡Claro!—aseguró Erme.

—Aquí nos han robado.

—Todo lo nuestro—concluyó su incondicional hermano.

Wilson comprendió que poco a poco se enardecerían y saltó en medio de ellos. Extendió rápidamente las manos hacia delante, disgustado por todo aquello. Bob era como el fetiche de la pandilla y un siniestro presentimiento se había hincado en su alma, haciéndole sentir miedo por primera vez en su vida.

—No podemos actuar sin sus órdenes.

Gary rechazó la protesta mo-

viendo un vigoroso brazo y los observó sucesivamente, uno después de otro.

—Bob no se enterará hasta que hayamos concluido.

Aquella era una gran verdad. Y como la invulnerabilidad de todos era proverbial, sus rostros se animaron.

—¿Qué opináis?—insistió Gary.

Oscar había acabado el pastel, lo cual era comparable a decir que estaba en plena posesión de sus facultades. Puso un pie en el asiento de una silla y exclamó soñador:

—¡Hay una muchacha tan linda en el banco!...

pensamientos, casi les rozó sin verlos, entrando en el edificio en donde tenía establecido su despacho.

Entonces, los dos hermanos se movieron con la presteza de dos halcones, entrando en el establecimiento fronterero al Banco y acallando con sus armas a los que estaban en el mismo. La maniobra fué tan rápida y silenciosa que no hubo ni el menor rumor alarmante.

Levantó Tod la cabeza en su despacho y advirtió a Bob que, apoyado en la mesa y con los brazos cruzados, le recibió con cara de pocos amigos. Cerró la puerta al momento y bajó las cortinas de las ventanas, diciendo:

—¡Bob! ¿Pero es que te has vuelto loco? Te buscan por todas partes.

—Te preocupas por mí, ¿no es eso?—inquirió con sorna.

—¿Cómo te has atrevido a venir? Yo mismo hubiese ido a buscarte.

La diestra de Bob se apoyó en su pecho y le envió tambaleándose hacia atrás.

—¡Capaz serías! Pero no podía esperar. Tenía cierta urgencia.

Se percató Tod de que su amigo había cambiado perceptiblemente en sus relaciones con él, pero lo achacó a su agitada existencia de

los últimos meses y le perdonó todos sus exabruptos.

—También yo tenía que hablarte—y prosiguió acercándosele—: Puede que todavía logremos salvar las fincas. Me parece que Winter os quiere hacer una jugada comprando a la compañía.

Bob se encogió de hombros. El asunto carecía de importancia, ante el ferviente odio que bullía infernal en su corazón.

—Está bien. Pero, ¿no tienes, sin embargo, nada más que decirme? Contesta.

—¿Qué?

—Puede que se te haya olvidado algo.

Y antes de que Tod se pusiera sobre aviso, le cogió con la mano izquierda por las solapas de la chaqueta y su puño percutió, seco, duro, preciso, contra su mandíbula, estrellándole contra la pared. Loco de celos le golpeó dos veces más y cuando su amigo estuvo exánime, tendido en el suelo, desenfundó su revólver...

—¿Qué vas a hacer?

Este grito lacerante procedía de la boca de Julia, que se postró de hinojos junto al cuerpo de Tod, interponiéndose entre él y la pistola. Bob la agarró por el hombro y probó de apartarla, sin resultado.

Agachada, preparaba la venganza preata a disparar su arco fatal.

—¡Fuera de aquí!—aulló—. Ahora verás lo que le espera.

—¡Salvaje! ¿No te queda ni un átomo de humanidad?

—¡Cállate!

—¡No tienes derecho a su vida!

—¡Cállate o disparo!

Con la espuma brotándole de la boca, estremecido por el odio, que aumentaba al percibirlo reflejado en las desafiantes pupilas Julia, no se percató de la aparición de su madre hasta que ésta le llamó.

—¡Márchate de aquí, madre!—gritó.

Pero en lugar de hacerlo, la madre opuso la barrera de su carne, única forma de defender, para él, a su postrer amigo, sobre quien deseaba derramar el furor que todas las traiciones y todas las injusticias, el hambre, las balas y la sangre vertida, propia o ajena, habían acumulado en su alma.

—¡Suelta esa arma!—le ordenó, y añadió al no ser obedecida—: ¿Que me marche de aquí has dicho? Esa ha sido mi culpa: no haber intervenido antes, pero ahora que veo lo que haces con tu mejor amigo... tendrás que oírme de una vez.

—¡Basta! ¡Deja ya de gritarme!

¡Y levantó el brazo contra su propia madre!

Los ojos de la señora Dalton se llenaron de lágrimas, mientras los de Julia relampaguearon de impotencia ante el ademán. La mano de Bob había quedado suspendida en el aire, helada del horror de su acción. Un torbellino de sensaciones disparas, de emociones arrebatadoras le cimbresaban de pies a cabeza, cuando bajó la mano...

—¡Hijo!... ¡Ay, hijo! ¿Por qué has vuelto?—gimió la anciana.

—Ese no es tu hijo, madre—le insultó Julia—. Tu hijo hubiera comprendido que aunque yo no quisiera a Tod tampoco podría quererle después de lo pasado. Tu hijo lo hubiese entendido así, madre.

Pero sus palabras se perdieron en la sordera de vergüenza que cada uno llevaba en sí. Mientras Bob retrocedía, la señora Dalton dejaba resbalar libremente las lágrimas por las mejillas, surcadas por los años y por las penas.

—¡Ay, Bob!... ¡Tú nos has olvidado ya!... ¿Por qué no te marchas y nos dejas?... ¿Es que no me oyes? ¡Márchate ya!

Como si en la voz de su madre temblara la sentencia de todos sus pecados, Bob jadeó con dificultad:

—La verdad es que... las dos... tenéis razón.

Seco, tajante, sonó un disparo en la calle. Después otro. De pronto se multiplicaron en un alud de detonaciones ensordecedoras. Bob corrió la cortina y contempló cómo Oscar y Wilson salían del banco y apuraban la calle en una veloz carrera, sostenidos por los disparos certeros de sus dos hermanos.

—¡Oh, Bob!—gritó Julia.

El joven no la oyó. Sus hermanos habían cometido una imprudencia, que, por fortuna, le arrebató de la pesadilla atroz de lo acontecido en aquella habitación. Fue hacia las mujeres y ordenó:

—No os mováis de aquí, Julia, dí... dí... a Tod que me perdone.

—Lo haré, Bob—prometió subyugada por la rara dulzura de su rostro.

Bob no osó abrazar a su madre y repetir aquellas palabras dichas a Julia. De una zancada evitó el cuerpo de Tod y pasó ante la señora Dalton, silencioso como un espectro.

—¡Hijo!

Aquello era el perdón y Bob no pudo resistir más. Abrazó a su madre y la besó en la frente, suplicando:

—No flores, madre. Y perdona.

Bajó las escaleras en un abrir y cerrar de ojos. Sus hermanos estaban enteramente rodeados de

enemigos, que les rodeaban perfectamente atrincherados. Se pegó a una esquina y desenfundó sus dos revólveres, levantando los gatillos.

Ernie acogió su presencia con un suspiro de consuelo y aproximó su boca a la oreja de Gary para hacerse oír en medio de las detonaciones.

—¡Ahí está Bob.

—¡Cubridle las espaldas!—ordenó Gary.

Los cuatro hombres se apiñaron, despreciando a los enemigos de otras partes para auxiliar a su jefe. Bob movió su índice con el rítmico valvén de una máquina, acallando a sus contrincantes de la esquina, apostados detrás de los escaparates algo más hundidos respecto a él. Y una vez conseguido, con majestuoso desafío, arrojó su revólver en su dirección...

Con el otro en la mano izquierda, atravesó la calle raudó como una golondrina, hiriendo a dos hombres que enviaban la muerte desde detrás de unos sacos. Pero al llegar a los escalones de la acera, dió un traspie y rodó por el suelo.

—¡Bob!...—gimió Gary.

Se arrastró hasta el lugar en que estaban sus hermanos y les tranquilizó:

—No ha sido nada. Me habéis desobedecido, ¿eh?

—¡Ah! Verás...

—No importa. ¿Y los caballos?

—Están cerca.

—Atención. Voy a entrar.

Con un ágil brinco, inverosímil, si se tiene en cuenta que estaba tendido sobre la acera y que no se puso en pie, se reunió con ellos. Prosiguieron el tiroteo durante unos diez minutos. Pero Bob comprendió que era suicida empeñarse en aguantar aquella posición; los proyectiles escaseaban en sus cananas, los de sus contrincantes horadaban ya libremente las paredes de la tienda...

—Intentaré pasar. Dame un revólver.

—Déjame ir, yo puedo—suplicó Gary.

—¡Cállate! Dámelo—le gritó—. Tú después, Erme.

Gary le entregó el revólver de mala gana y casi cerró los ojos para no ver la hazaña de su hermano, que corría por la calle, desafiando a una muerte cierta, ya que tenía que conquistar los sacos terrosos.

Bob disparó en todos los sentidos. Se metió como un ciclón en el interior del lugar escudado por los sacos y mató a dos hombres. Pero en lugar de detenerse, corrió

a una esquina y acalló a los tiradores. Sus hermanos podrían pasar con relativa facilidad.

—Erme, ahora tú—dijo Gary.

El muchacho no tuvo ninguna dificultad y se tendió al lado de Bob, sosteniendo el cambio de disparos, que poco a poco amainaba.

Entonces, Winter, despavorido por su proximidad, decidió vender cara su vida. Había advertido que Bob salió del despacho de su amigo y esto era más que suficiente para darle alas. Sacó un rifle de un armario y esperó el paso del resto de los forajidos.

Wilson y Gary brotaron de la tienda casi al mismo tiempo. Winter cazó al primero, que se negaba a soltar el botín, y el bandido se desplomó inerte. Gary, en un alarde de sublime lealtad, se inclinó para recogerlo y el plomo del agente chocó, hendiendo el aire, contra su hombro izquierdo.

Sin embargo, asíó la bolsa de oro, se echó a Wilson sobre las espaldas y se arrastró hasta las sacos terrosos, en donde sus hermanos le tumbaron en el suelo, esperando a que Oscar apareciera.

El gordiñón apareció con otro saco en la mano izquierda y dando la espalda a sus amigos, puesto que por aquel lado se sentía seguro. Inconscientemente, sus pasos le

guiaron hacia la tienda de Nancy, ante cuya puerta siguió disparando.

Su mujer, al verle tan próximo, se olvidó de la carnicería que le rodeaba, y sacudida por una ira, que acrecentaba la lástima de su situación, se arrojó sobre él con las uñas prestas a entrar en acción.

—¡Ahora no te escapas! ¡Vas a pagármelas todas juntas!

—¡Cuidado, Nancy, que te disparo!

—No lo harás. ¿Crees que te tengo miedo?

—¡Estate quieta!

—¡Anda, suelta ese revólver de una vez!

—¡Deja!

Y enfurecido por su tenacidad, la impelió con el saco y se desprendió de ella, que dió con su cuerpo en tierra. Mientras protestaba admirada de aquel rasgo de energía, Oscar fué retrocediendo hacia la calle, suplicando:

—¡Ay, Nancy, perdona! No quería hacerte daño... te lo aseguro.

Winter disparó contra su ancha espalda y Oscar se retorció con un gemido de dolor, inmovilizándose para siempre.

—¡Oscar!—gimió Nancy.

Tras de la muerte de Oscar, que les había azotado como una brisa sombría, los Dalton se defendieron

como mejor pudieron. Wilson no podía disparar. Gary lo hacía con una mueca de evidente dolor. Sólo Bob y Erme lo hacían con suficiente entereza. Pero sus contrincantes habían recibido refuerzos...

—Esto se pone feo. Tenemos que marcharnos de aquí. ¿Podrás tú, Gary?

—Sí que podré.

—Está bien. ¡Eh, Clem! Acércate aquí. Ven.

Wilson se arrastró sobre el vientre y se colocó sobre el hombro que Bob le ofrecía. Cargaron los saquitos y renovaron las municiones de sus armas. El callejón en que estaban los caballos estaba cercano y a pesar de ser batido sin dificultad por las armas de los habitantes, era preciso llegar a él con suprema osadía.

—¿Estáis? ¡Vamos!

—Sí—contestó Gary.

Bob levantó a Wilson y siguió a sus hermanos en una infernal carrera hacia sus cabalgaduras. Los proyectiles silbaban rozándoles. Cada vez era más preciso el blanco que ofrecían. Erme, desesperado, se volvió e hizo tronar su revólver.

De pronto se dobló sobre sí mismo. Gary quiso asistirle, pero cayó mortalmente herido. Wilson se estremeció sobre Bob, que asimismo tocado, le soltó, encarándose con

sus contrincantes con una valentía infinita, pero estéril, pues no había hecho todavía dos disparos cuando el rifle se escapó de sus manos y tropezó contra la pared de madera.

Luego, un silencio intenso.

Winter sonrió con ferocidad al ver inertes a los cuatro cuerpos de sus enemigos. Súbitamente, sus mandíbulas se cerraron. Tod abandonaba su casa para averiguar la suerte de sus amigos, apoyándose en la barandilla de la calle.

Winter levantó su rifle.

Bob abrió los ojos. Agonizaba. Pero con todo, su turbia mirada al-

canzó la figura amenazadora de Winter. Y así averiguó quién había sido el causante de su destrucción.

Tod iba a morir. Hizo un esfuerzo. ¡Tod iba a morir! Se incorporó tambaleando, con un fual en las manos. Se lo echó a la cara con un sudor frío en la frente.

Un seco disparo. Winter quedó doblado como un monigote en el alféizar de la ventana, mientras su rifle chocaba contra la acera.

Después, con una extraña sonrisa, los ojos de Bob se cristalizaron.

Coffeyville no había cambiado a la semana de la muerte de los Dalton. La vida seguía igual. Los que fueran la vergüenza del pueblo, se habían convertido en unos héroes y el fotógrafo hacía un buen negocio vendiendo sus retratos.

El herrero era el único que lamentaba la inestabilidad de la existencia y la inquietud de la gente en marcharse, arreglando la rueda de un carro. Tod y Julia le escuchaban sonrientes.

—Lo que descamos saber es cuándo sale la diligencia.

—Lo que ocurre es que ahora no es diaria — rezongó—. Pero no se está tan mal aquí. ¿Han visto usted y su hija nuestro valle?

Su falta de memoria y su palabrería les hicieron reír. Julia intervino, apretándose contra Tod.

—¡Pero si no queremos ver nada! Y no soy su hija.

Se echó el sombrero hacia atrás y se rascó la coronilla.

—A ver... La verdad es que no se parecen.

—Es mi mujer — exclamó orgulloso Tod.

—¡Qué cosas! Eso me hace recordar a otro matrimonio que esperó aquí días y días a la diligencia. ¿Y saben finalmente lo que hicieron?

—Tomaron el tren — respondió Julia.

Mientras los dos jóvenes se marchaban riéndose de su contrariedad, felices, alegres, el herrero tornóse a su sempiterna rueda y la aplicó al eje, protestando:

—¿Y quién se lo habrá contado?

F I N

Nueva colección de gran éxito:

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. EL SIGNO DEL ZORRO, por Tyrone Power.
2. EL LIBRO DE LA SELVA, por Sabú.
3. ¡QUE VERDE ERA MI VALLE! por Walter Pidgeon.
4. EL HIJO DE MONTECRISTO, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. EL CAPITAN CAUTELA, por Victor Mature, Bruce Cabbot y Leo Carrillo.
6. ESTUDIANTES EN OXFORD, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. CUMBRES BOBBASCOSAS, por Lawrence Olivier, Merie Oberon y David Niven.
8. LA JUNGLA EN ARMAS, por Gary Cooper y David Niven.
9. EL LADRON DE BAGDAD, por Sabú.
10. MARINOS A LA FUERZA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. ESMIRALLA, LA ZINGARA, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. TARZAN Y LA DIOSA, por Herman Brix.
13. LA QUIMERA DEL ORO, por Charlot.
14. HACE UN MILLON DE AÑOS, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. EL ALEGRE BANDOLEERO, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.
16. TEXAS, por William Holden, Claire Trevor.
17. EL HIJO DE LA FURIA, por Tyrone Power, Gene Tierney, etc.
18. LA TIA DE CARLOS, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.
19. SENDAS SINIESTRAS, por Randolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.

¡Inmejorable presentación!

¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO:

1. Pta.

En preparación:

¡¡200 CANCIONES DEL MOMENTO, 200!!

Cancionero

EXITOS DEL DIA

Lo que se canta en la actualidad.

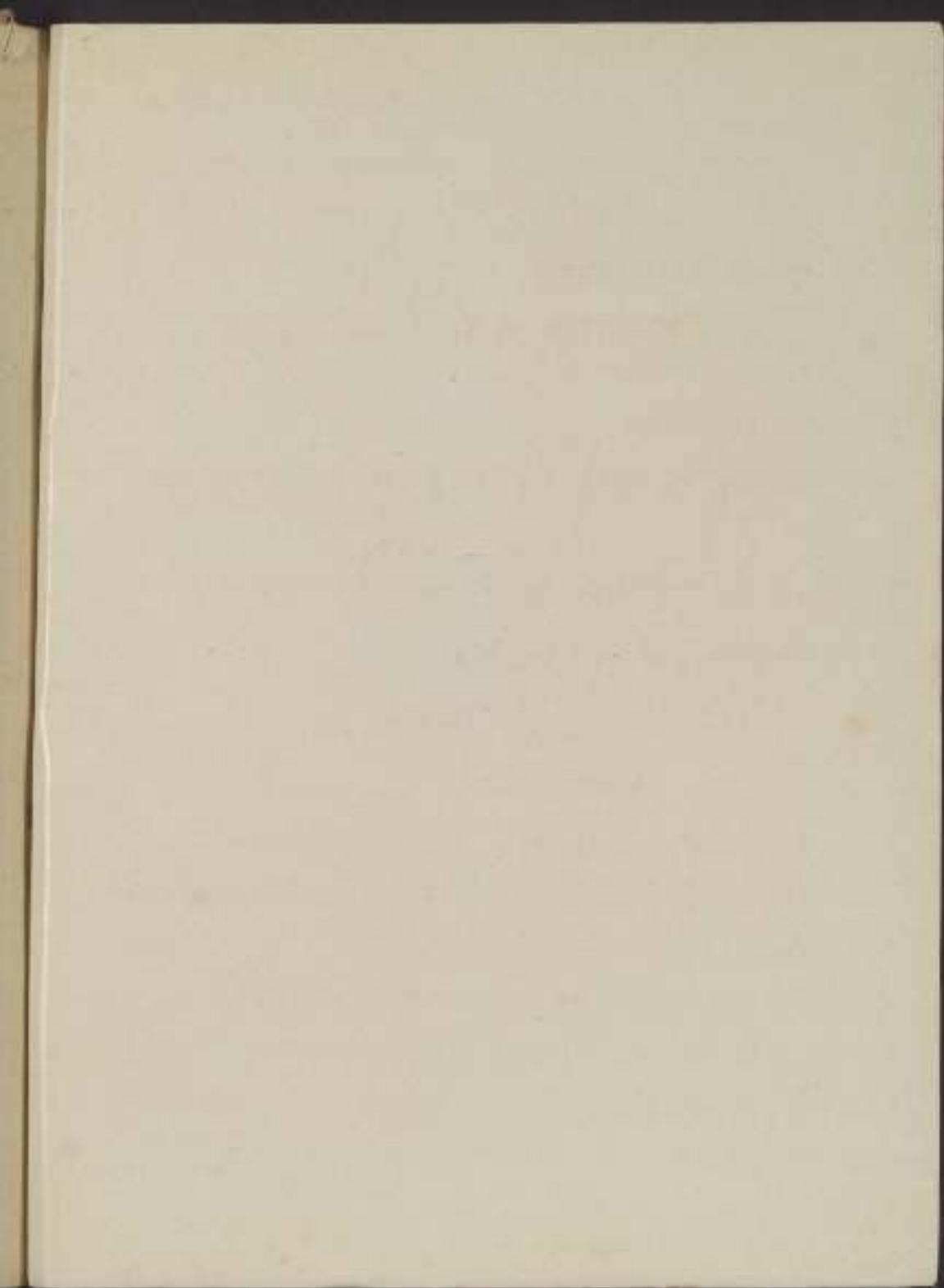
Los mayores triunfos.

Los mejores vocalistas.

Las mejores orquestas.

Repertorio de las más acreditadas editoriales del género. Numerosas fotografías.

¡Reserve sus encargos desde ahora mismo!





Collected. Imp. M. PELLECER

München, 111-Geldm. 78132